

FRAY MOCHO



El camán murió, pero aun queda la cola, que no deja de moverse.

HESPERIDINA BAGLEY

FABRICADA DESDE 1864

EL GRAN APERITIVO NACIONAL



ES EL ÚNICO APERITIVO QUE POR SUS EXCELENTES CONDICIONES DE ELABORACIÓN GARANTIZA A SUS CONSUMIDORES LA SALUD.

FRAY MOCHO

Año VIII

Buenos Aires, 15 de julio de 1919

Núm. 377

El mes de la libertad

4, 9, 14 y 18 de julio

Epoca del año es ésta singularmente propicia para el regocijo patriótico y la exaltación de los sentimientos democráticos en el viejo y en el nuevo mundo. Millones de hombres en el transcurso de este mes de julio, tan desapacible y enérgico en nuestro hemisferio, como cálido y desbordante de vida bajo los cielos de Europa, confunden sus preces en loor a los mismos ideales, caros a la libertad y a la civilización, no sólo de sus países de origen, sino de todos los demás, ya que las fechas conmemoradas representan fases de una misma gloria y de un mismo anhelo de redención humana.

Nuestra república, siempre fiel a su credo de fraternidad universal, declarado en el acta de su independencia el 9 de julio de 1816, cuyo aniversario acaba de celebrarse con el esplendor acostumbrado, rinde también en estos días su homenaje a los prohombres de la ejemplar democracia del Norte, elevados a la inmortalidad, aquel admirable "independance day" del 4 de julio, de perenne memoria; como a la heroica nación francesa, ejemplo luminoso de virtudes colectivas con su estupenda revolución de 1789, que señaló el camino a todos los pueblos oprimidos para la definitiva conquista de sus derechos. Por último, nuestros hermanos uruguayos, como si las coincidencias de raza y de tendencias debieran llegar hasta los menores detalles, también celebran en este mes su fecha patriótica, el 18, igualmente motivo de comunes festejos entre nosotros.

Buenos Aires y las catástrofes del interior

La voz elocuente de un prestigioso senador nacional, que a la vez es uno de nuestros más grandes escritores, ha puesto de relieve no hace mucho, un hecho gravísimo, digno de fijar la atención de nuestra voluble capital.

La cuestión en sí, por lo que afecta al decoro y al amor propio del país, justamente envejecido de su poderío económico, no debe silenciarse, ni puede quedar resuelta con un arbitrio legislativo de emergencia, como el que ha arrancado a sus colegas el citado senador. Trátase de la aflictiva miseria por que atraviesa una región argentina, la provincia de La Rioja, tenida en parte por opulenta gracias a su riqueza minera, y caída hoy en un abismo de pobreza, a causa del desastre agrícola que la perturba. El doctor González ha denunciado al país que mientras nuestra confiada Buenos Aires duerme su sueño de gran ciudad aferrada a sus tesoros, o se agita en singulares estremecimientos por los dolores ajenos, deja consumir en el abandono y en la tristeza a numerosos compatriotas, víctimas de esas mismas inele-

LA MANIA DE REGATEAR



El dentista.—Dentadura completa, 32 dientes, 400 pesos...
La cliente.—Por ese precio, en otras partes me ponen 40 dientes.

EL SUEÑO

Tres cabezas de oro y una
donde ha nevado la luna.

—Otro cuento más, abuela,
que mañana no hay escuela.

—Pues señor, este era el caso....

(Las tres cabezas hermanas
cayeron como manzanas
maduras, en el regazo).

Rafael Alberto ARRIETA.

CONSEJO



—No pierdas tiempo. Es un acaparador de azúcar. Si lo salvas dirán que estabas loco.

mencias que sólo cuando flagelan a los extraños excitan sus sentimientos caritativos. Ya Juan Alvarez, el talentoso autor que todos conocemos, nos había dicho cosas muy interesantes acerca de esta propensión bonaerense que nunca criticaremos bastante. Pero el caso concreto que el senador González nos ha ofrecido en su discurso, demuestra que lejos de aprovechar la lección, reincidimos y reincidiremos en el defecto, mientras el mal no asuma proporciones que no debemos desear.

El hambre, la desnudez, la negra miseria devora a La Rioja, y con un gesto de encomiable patriotismo el senado resuelve que la nación acuda en su auxilio con una contribución incluida en la ley de presupuesto. Sin embargo, no es este el único camino para remediar tan horribles males, ni aún la reiteración en el socorro legislativo es cosa de tranquilizarnos definitivamente. Urge llegar a la entraña de esos y otros problemas, estudiar las causas profundas de esta excepcional miseria en un país al que nadie se cansa de citar como un ejemplo vivo de opulencia y de prosperidad económica. No es de ahora que se habla de la pobreza de ciertas regiones del interior, menos favorecidas por la naturaleza que las del litoral, donde el suelo, el clima y la facilidad de las comunicaciones son otros tantos incentivos del bienestar del hombre. Y tratándose de un fenómeno conocido, que en ocasiones se ha contrarrestado, ¿cómo es que hoy vuelve, en plena prosperidad del resto del país, a conmovir tristemente los corazones? ¿Por qué no se ha atajado a tiempo el desastre con leyes previsoras; por qué esperar la hora del derrumbe para arbitrar lo que debió preverse?

Pero esto de la imprevisión y del tardío remedio es mal endémico en nuestra gran nación, eternamente condenada a alternar sus transportes de júbilo por el luego creciente de sus actividades pecuniarias, con sus gestos de dolor ante las catástrofes inesperadas.

Ahora mismo, en la porción más rica de la provincia de Buenos Aires, donde la ganadería y la agricultura han llegado a prosperidades fabulosas, hay que lamentar la ruina de numerosos establecimientos, debido a las inundaciones originadas por el exceso de lluvias, o, mejor dicho, por la falta de una canalización adecuada, no obstante constituir este problema técnico la preocupación aparente de sucesivos gobiernos, que, en definitiva, nunca consiguieron resolverlo, a pesar de los millones y de los años gastados.

No hace mucho los territorios del Norte también fueron víctimas de inundaciones todavía más terribles, y no hay por cierto excesiva suspicacia en sospechar que el remedio no llegue por ahora ni en un mucho tiempo.

Entretanto, las víctimas de tamaños desastres pudieron esperar con legítimo sentimiento de solidaridad, que sus desgracias excitaran las ideas caritativas de nuestra gran ciudad; pero aun esperan...

TRÍPTICO

El entierro

Adentro de esta casa de puertas entornadas alguien ha muerto. Fue siempre una casa modesta; ahora viste de gala—un coche a la puerta, cortinas, alfombras y un lacayo de uniforme que se mueve confusamente en la penumbra del zaguán—para despedir dignamente a aquel que nunca volverá. Es una negra visión, pesada y angustiosa, pero nunca triste. ¿Dónde está la tristeza de las capillas ardientes?...

Ha llegado la hora del entierro. Los amigos comienzan a venir. Los balcones y puertas de la vecindad se han llenado de gente. El carro fúnebre les impone y les divierte, con sus enormes e inútiles proporciones. Allí adentro, en verdad, los muertos se pierden para siempre. Desde una ventana próxima, tres chiquillos bañados en sol cuentan a gritos y entre risas las coronas que dos lacayos depositan en un coche. ¿Por qué son tan grandes estos obsequios floridos de nuestros buenos amigos? Allí están, enormes, arriba de un fúnebre enorme. Diríase que los hombres, en presencia de la muerte, pierden la idea de las dimensiones. Coches y ramos enormes, discursos que no terminan, elogios que no se acaban...

Ahora recrudece el movimiento y la alegría del lugar. Por la puerta aparece—¡por fin!—la punta del cajón, entre un remolino de hombres de cara congestionada que lo sostienen y lo conducen. Los niños de la ventana vecina palmean, nerviosos, mientras la madre, atrás de ellos, se inclina sobre el balcón y les manda callar para no perder detalle.

Ya han llegado hasta el coche, con las fuerzas al límite, los buenos amigos y parientes que cargan el cajón. También ha llegado el cajón. Ahora los otros descansan, satisfechos, y buscan asiento en los coches que esperan.

La larga fila negra, una larga fila negra de coches que ruedan lentos y solemnes, se pierde al fondo de la calle. Ya las ventanas se han cerrado y han vuelto todos a sus cosas de siempre. Por la puerta entornada de la casa van saliendo hasta un carro que espera en la calle, los cirios, las alfombras, los candelabros que hicieron majestuosa por algunas horas a esta trivial salita de familia. En el fondo del carro todos aquellos lujos se confunden como cosas miserables. Entre los pliegues de un cortinado negro asoma la punta amarilla de un cirio a medio consumir. Ardió toda la noche para el muerto de hoy y, en pocas horas más, solemne y enigmático, arderá de nuevo en el silencio de otro módico velorio.

El incendio

Lo que interesa en una casa que se quema no es la casa en sí misma, sino la gente que siempre la rodea. ¿Quién negará que el incendio es, como espectáculo, mil veces vulgar y repetido? Los hombres se lo dieron, como una fiesta, en sus brutales orgías de los tiempos primeros. Y aun hoy mismo—en esta guerra pasada—el incendio, ingenioso y metódico, ha sido la muestra más acabada, más típica, de una alta y famosa civilización.

Los incendios interesan por los hombres, siempre nuevos, que los presenciaban. Está, en primer lugar, sofocado, nervioso, sin parar de hablar con conocidos y desconocidos, “el señor que dió el primer aviso”. En todos los incendios hay un señor, particularmente perspicaz, que ha dado el primer aviso. ¿Cómo ha advertido el fuego?

El comerciante del interior

que desea abrir una cuenta en este Banco para la mayor conveniencia de sus operaciones en la Capital, no necesita presentarse personalmente. Escribanos dando referencias y le mandaremos detalles.

The First National Bank of Boston

BARTOLOMÉ MITRE 501

¿Cómo tuvo la sangre fría de Hamar antes que nada a los bomberos? Esto es lo que él explica, una y cien veces, mientras se pasea de grupo en grupo, en góce de su magnífica aunque transitoria espectacularidad.

Luego está la niña que sale en camisa al balcón. (Los incendios de buena ley se producen de noche. A esta hora es frecuente que las niñas honestas estén en camisa. Aquellos que miden la honestidad por las ropas, tienen que creer que de noche la gente es menos honesta que de día. No saben que, a distintas horas, las ropas, como los hombres, cambian y hasta invierten su valor y su significado). ¿Quién ha visto un incendio sin su correspondiente niña en camisa? Tiene el cabello en desorden; ha calzado unas holgadas zapatillas que son las prendas propias de los grandes apuros. Y esta semidormida personilla se asoma al balcón con simpática impudicia, confiada, tranquila, sonriente, con la confianza y la sonrisa que en esa vestimenta tienen habitualmente todas las niñas.

Hay, en fin, el hombre servicial que ayuda a los bomberos. Este es, indudablemente, el hombre más feliz de la jornada. ¿Hay acaso placer más grande que el de sostener más o menos cerca de las llamas una gruesa manga con agua? He aquí un oficio que siempre tuvo para mí una extraña seducción. Yo envidio al hombre que, en el extremo de la manga, da dirección al chorro, con gesto sereno y omnipotente. Con un mínimo de esfuerzo este hombre ha dominado la llama monstruosa e impotente. Es el encanto de ciertos oficios. “Si yo fuera rey...” pensábamos cuando niños: para dominar, para someter. Es el encanto que tiene la fuerza. También, en la orquesta de un teatro, el tambor se adueña en un momento dado de la situación, sin un gesto violento,

sin un esfuerzo aparente. En ese instante, el músico del tambor tiene toda mi admiración.

El hombre que dió el primer aviso, la vecina en ropas ligeras y el espectador solícito que sostiene una manga o alcanza un balde, son cosas tan propias del incendio como las llamas mismas. ¿Como las llamas, he dicho? Mucho más, aun. Son imprescindibles y esenciales como el vigilante que al día siguiente cuidará las ruinas renegridas. Porque un incendio podrá o no tener llamas, podrá o no tener bomberos, pero dejará de ser incendio si luego de pasado todo no hay un vigilante cuidando el recuerdo del desastre.

La justicia de la calle

El vigilante que está de facción en la esquina ha visto pasar en su automóvil al imponente juez que vive en la cuadra. Le ha mirado con envidia, como le mira todas las mañanas, pensando en la vida regalada que hace, con muchos empleados que le obedecen, y una magnífica suma de paga mensual. Pero, más que esto, ha envidiado la justicia que hace el señor juez entre los hombres, porque el vigilante sabe que ésta es la función más agradable de los dioses y de los amos. El señor juez no ha dejado de advertirle, y ha contestado al amplio gesto de su saludo con un movimiento de cabeza pequeño y parsimonioso. ¿Podría saludar en otra forma un hombre que tiene entre sus manos el destino de sus semejantes? El saludo es la forma visible de la importancia humana.

Luego ha llegado a su juzgado y han desfilarado secretarios y escribientes por su despacho, brazos serviles, esclavos de aquella gran función de justicia que él desempeña. Finalmente, ha quedado solo, rodeado de co-

digos y expedientes. Uno tras otro han ido recibiendo éstos su sabia resolución, con fundamentos ligeramente anotados para guía de su personal. Y ha medido de inflexible la culpa de los hombres y su libertad y su vida, soberano de sus personas, soberano también de los dolores y de las esperanzas de muchas mujeres, madres o esposas, que esperan el fallo en la soledad de sus casas.

Y al cabo de todo esto se ha retirado y ha vuelto a su hogar, ceñido, imponente. Y ahí, ante su pensativo mutismo, han callado, como callan todas las noches, su mujer y sus hijos. Porque sobre la casa pesa, como una sombra sobrehumana con olor a divino, la justicia, la soberana función de justicia que el padre ha realizado en el día.

Entretanto, el vigilante que ha visto pasar al juez ha sentido, como siempre, su propia pequeñez. Y, por pequeña, le ha parecido odiosa su tarea en esa esquina y depresivos e insignificantes los incidentes que poco a poco le toca presenciar. Ha llegado un vendedor ambulante con sus canastas cargadas de bollos, pan dulce y otras golosinas. Una mujer flaca y harapienta trata de calmar a un niño de cinco o seis años que le reclama uno de los panes aquellos, con el irresistible argumento de sus lágrimas. La mujer ha registrado desesperadamente sus bolsillos, y luego ha mirado alrededor como solicitando la limosna de esos cinco centavos que van a contentar a su hijo. La cuadra está vacía, y el vendedor, cansado ya, ha levantado sus canastas, poniéndose en marcha con esa sonrisa burlona que tienen los pobres para despreciar a los miserables.

El vigilante ha asistido a todo esto. Después ha visto cómo la madre, siguiendo lentamente al hombre de las masas, le ha robado por atrás el bollo más incitante de la canasta, sin ser advertida por el otro. El vigilante entonces ha abierto los ojos, ha pensado un instante y ha seguido callado. Junto a él, en la misma esquina, el niño contempla la masa entre sus dedos rosados, como eligiendo con simpatía la lentitud el sitio de su primer ataque.

A la noche, a la hora en que el juez ha entrado a su fastuosa residencia, el vigilante ha llegado a la pieza que guarda a su mujer y a sus dos hijitos. Todos están alegres y comunicativos. Y el vigilante no muestra la arruga que los hijos del juez ven cada noche, inquietos y cohibidos, en la grave frente paterna. Porque el vigilante no sabe que él también ha hecho justicia en su esquina.

Roberto GACHE.

La báscula de los reyes

En la entrada del gran comedor del castillo real de Sandringham hay desde hace muchos años una báscula automática, que funciona con una precisión notable. Según la costumbre establecida, cada invitado tiene que pesarse antes de sentarse a la mesa y después de comer. Ambas cifras las anota el mismo rey de Inglaterra en el “Libro de oro de la báscula de los reyes”, y la persona que acaba de pesarse firma al pie de la anotación para atestiguar su exactitud.

Un periodista tuvo ocasión de ver ese registro del peso de los soberanos, y publicó algunos datos curiosos.

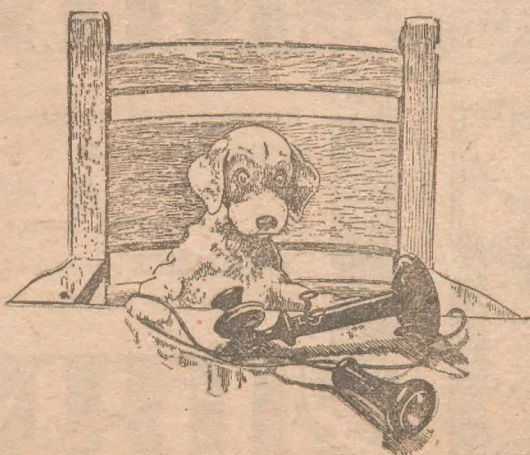
El peso del ex emperador Guillermo varía con frecuencia. Unas veces ha pesado 78 kilos y otras 81, pudiendo, por lo tanto, atribuirse su peso medio de 80 kilos.

El rey Jorge de Inglaterra pesa 83 kilos, en lo cual no se parece a su padre, que pesaba 104 kilos.

El soberano que más pesó es el zar Fernando de Bulgaria, que alcanza los 89 kilos y medio; el más ligero fué el zar de Rusia, que sólo pesó 114 libras.

El emperador Francisco José pesaba 76 kilos hace quince años, y la reina Carmen Sylva 78 y medio.

LA CONCIENCIA!



—Ya me parecía que hacía mal al voltear este aparato... Ahora me está hablando la voz de la conciencia.

Una sinecura

Carlitos Chaplin, antes de dedicarse al arte cinematográfico que le ha dado tanta fama y fortuna, se ensayó en el teatro dramático, pero como actor trágico resultó un insignificante poroto y fracasó en los papeles por cierto muy modestos que se le confiaron. Sin embargo, Carlitos nunca se ha resignado a aceptar este fracaso y su anhelo íntimo es todavía el de llegar a ser un buen artista dramático. Aunque lo fuere, jamás ganaría lo que actualmente le pagan como artista de lo ridículo. Hace dos años la General Film Company, de los Estados Unidos, se aseguró la exclusividad de las producciones de Carlitos Chaplin, pagándole dos mil pesos oro por semana. Además, el día de la firma del contrato recibió una prima de diez mil pesos oro.

Es suerte, sin duda; y de esta suerte de Carlitos Chaplin participa un hermano suyo, de la manera más original. Es un hermano menor que él, también actor; se le parece extraordinariamente. La suerte de Carlitos excitando su emulación, le decidió a salir de Inglaterra, donde vivía, y a trasladarse a los Estados Unidos para dedicarse al teatro cinematográfico.

Pensaba que su nombre y el extraordinario parecido con su hermano, al cual se proponía imitar, le allanarían el camino. Y no se equivocó. Apenas llegado diversas empresas le hicieron ofrecimientos de contrato.

El nuevo Chaplin no se apuró: eliminó una tras otra y finalmente aceptó la oferta de la General Film Company, la misma que contaba con su hermano. La oferta consistía en trescientos pesos oro por semana y las condiciones eran ventajosísimas: el contrato duraba el mismo tiempo que el de Carlitos con la misma compañía y sus obligaciones consistían en no hacer nada, absolutamente nada... Puede pasar su tiempo como le dé la gana. Lo que la General Film obtiene con esto es que el nuevo Chaplin no ingrese en ninguna otra compañía cinematográfica que mediante él pueda hacer competencia a Carlitos Chaplin.

PESCA PRODUCTIVA



—Juancito: es hora de almorzar. ¿qué comeremos?
—Pescado, por supuesto... Abre una lata de sardinas.

Los padres de los grandes hombres

De vez en cuando aparecen partidarios muy decididos de la teoría de que los grandes hombres, por lo menos de aquellos que se han distinguido por el desarrollo y la vasta comprensión de su inteligencia, son hijos de padres de edad relativamente avanzada. Esta teoría se basa en las leyes de la herencia. Esta, se dice, no trasmite sólo los rasgos físicos y las cualidades primordiales del carácter, sino también la propensión a ciertas facultades intelectuales desarrolladas por un largo ejercicio. Ahora bien, un padre joven, de veinticinco años, por ejemplo, aunque haya alcanzado su pleno crecimiento corporal, no ha logrado el pleno desarrollo de sus facultades intelectuales, acrecentadas por la cultura, que sólo se alcanza en la completa madurez del hombre, después de los cuarenta años. No puede, por lo tanto, transmitir a sus descendientes, cualidades que todavía no ha cultivado por completo. Ciertas convicciones filosóficas, por ejemplo, muy vinculadas a la estructura moral del individuo, con el producto de una vasta cultura, que no es posible obtener en los breves años de la juventud.

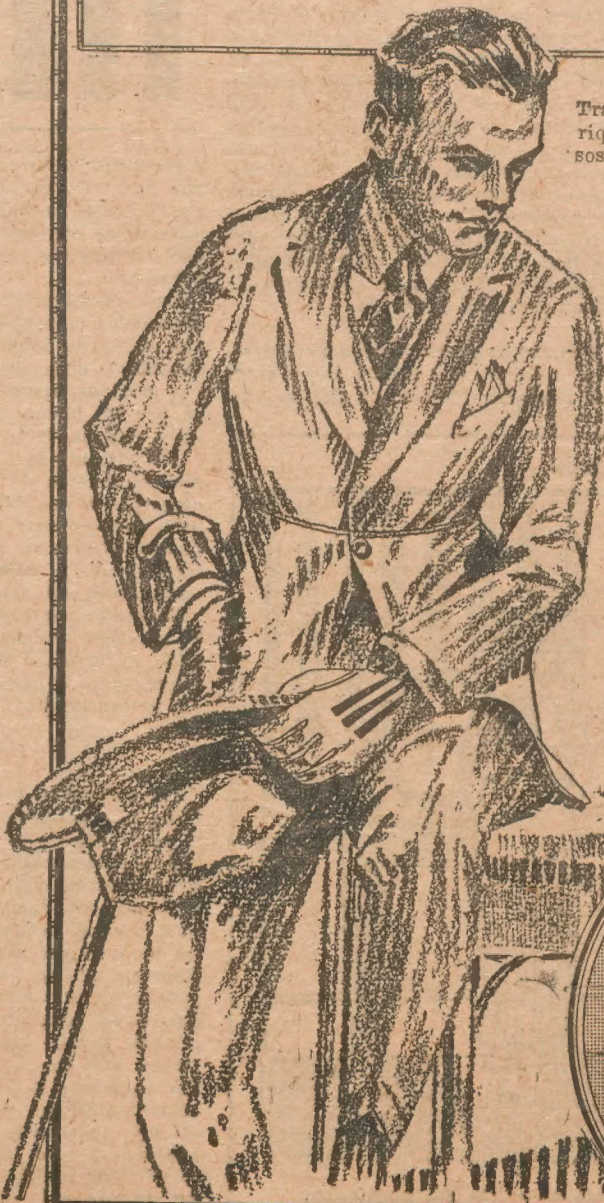
Un autor norteamericano, Casper L. Redfield, sostiene esta teoría y la apoya con numerosos ejemplos. Benjamín Franklin, dice, que fué una de las inteligencias más altas del mundo, nació cuando su padre tenía 51 años; su abuelo tenía 57 años cuando nació su padre y su bisabuelo cerca de 70 cuando nació el abuelo. Jorge Washington nació cuando su padre contaba 38 años. Uno de sus abuelos tenía 60 años al llegar al mundo la madre de Washington. El gran naturalista norteamericano Audubon era hijo de un almirante francés que lo tuvo a los 57 años. Alejandro de Humboldt nació cuando su padre tenía 49 años; Cuvier cuando su padre tenía 50 años; Wallace cuando el padre cumplía los 52.

Los ejemplos a este respecto son repetidos y lo más curioso es que todos los ascendientes conocidos de algunos grandes hombres contaban una edad elevada cuando les nacieron sus hijos.

El legendario zapatito de Cenicienta no era de cristal. Hasta esta inocente y graciosa ilusión ha destruido la ciencia. Era de una piel llamada "vair". Este nombre fué confundido por su igualdad fonética con la palabra "verre", que en francés significa vidrio.

ELEGANCIA — CALIDAD PERFECCION y ULTIMA MODA, son cualidades que hacen sobresalir a nuestras confecciones.

Los precios son verdaderamente excepcionales, dada su calidad.



Trajes de saco, confeccionados en riquísimos casimíres, a pesos 75, 65 y \$ 55

Sobretodos cruzados, en casimíres de pura lana; azules, negros y en colores lisos, a \$ 45

Sobretodo cruzado, en casimir de pura lana, color azul marino, a \$ 55

Sobretodo de pura lana, variedad de gustos y colores, a \$ 60

Sobretodo confeccionado en riquísimos casimíres ingleses, varios gustos y colores, a pesos \$ 65

Sobretodo en gabardinas de color liso, modelo de última creación, a . . . \$ 90

CATALOGO. Se remite, gratis y franco de porte, al interior de la República, a quien lo solicite.

M. Zabala

B. Mire y Esmeralda

PUCHITOS

La corbata viene de los croatas, aunque seguramente la mayor parte de los croatas nunca han usado corbata. Un antiguo autor francés, nos dice al respecto: "Se llama 'cravate'" (corbata) el lienzo blanco que uno se pone alrededor del cuello y cuyos dos extremos caen hacia adelante. Se le llama así a causa de que hemos tomado esta especie de adorno de los croatas llamados ordinariamente "cravates". Agrega que "esa especie de adorno" comenzó a imitarse de los "cravates" en 1636.

Costó mucho persuadir a la mayoría de los chinos a que se cortaran la ridícula trenza que llevan en medio de la bocha pelada. Todavía la llevan millones de chinos y creen que cometerían un atentado inicu contra su dignidad personal, contra la tradición venerable y contra la estética si sacrificaran la colita en aras de un par de tijeras. Sin embargo, costó mucho más hacerles llevar esa trenza a que se han encariñado. Después de la conquista tártara, el emperador Hi Tsoung (1621) ordenó por edicto y bajo pena de muerte, a todos los chinos, que se afeitaran la cabeza y no llevaran más que una trenza, según la costumbre manchú. Hasta entonces los chinos usaban los cabellos largos. Hubo violentas protestas y hasta rebeliones. Los chinos preferían morir antes que usar trenza. Por fin los tártaros impusieron su voluntad, no sin derramamiento de sangre.

De esa famosa trenza de los chinos ha dicho un viajero que es la cosa más repugnante del mundo. Lo que no impide que del puerto de Shang-Hai salgan todos los años para Europa millares y millares de kilogramos de trenzas de los chinos. Todo ese cabello lo emplean los peluqueros de París, Viena, Berlín y Londres para fabricar postizos, trenzas, rellenos, pelucas, etcétera, que contribuyen a la exquisita elegancia de los occidentales.

Toda la antigüedad clásica, Alciades y Virgilio, la Edad Media, Dante y Beatriz y buena parte del Renacimiento se sonaban las narices con la mano. Es penoso admitirlo, pe-

ro es la verdad. Todavía a mediados del siglo XVI un tratado de urbanidad aconsejaba limpiarse las narices con los dedos de la mano izquierda, y no con los de la derecha, que servían para tomar la carne del plato. Pues hasta entonces tampoco se conocía los tenedores y nuestros poéticos antecesores metían la mano en las salsas.

La boina vasca y bearnesa es ni más ni menos que una ligera modificación de una especie de gorra, llamada "pilos", que llevaban los antiguos atenienses.

Sólo allá por 1540 se empezó a usar en Venecia el pañuelo de bolsillo—llamado "fazoletto"—; poco después en Francia y en 1580 en Alemania. Pero era casi un objeto de lujo, reservado para los nobles. Un edicto contra el lujo publicado en Dresde en 1595 prohibía su uso a la gente del pueblo o de baja condición.

¿Vestirnos con leche? No es un disparate. En Francia se ha realizado un experimento que consiste en lo siguiente: se quita a la leche la gordura; después se la convierte en cuajo; de este cuajo, una vez hervido, expuesto al aire y tratado con acetona, se obtiene una substancia plástica, parecida al alabastro y que puede ser moldeada o laminada. Este producto es susceptible de ser transformado en una materia delgada, flexible y suave que puede sustituir a la seda para la confección de ropa interior fina o en una materia sólida que imita al marfil.

El parasol fué en tiempos muy remotos atributo de la dignidad real. Como tal aparece en antiguos bajo-relieves de Egipto y Asiria. Todavía, en los países musulmanes conserva ese significado. Por otra parte, éste ha sido transmitido a los países occidentales, pues el dosel debajo del cual se sientan los reyes y el papa, así como el que se lleva en las procesiones católicas, es una modificación del antiguo parasol asiático como símbolo de dignidad. En las comarcas menos civilizadas de la India creen que todos los ingleses que las visitan son altos personajes, debido a su costumbre de llevar parasol o sombrilla.

Durante la guerra, Nueva York arrebató a Londres el primer lugar entre las ciudades impresoras del mundo,

y ya se proyecta colocar a la primera aún más adelante en la industria de que se trata. Actualmente hay dos mil setecientas imprentas en la ciudad, las que representan unos 463.000.000 de pesos oro.

Las investigaciones recientemente efectuadas muestran que dicha industria crece en importancia y en producción y que emplea sin cesar nuevos métodos, aparte de lo que significa por los buenos salarios y los empleos permanentes.

No obstante lo bien organizado que está el sistema de aprendizaje, se ha comprobado que éste no es suficiente para proporcionar el conocimiento técnico necesario a fin de dominar bien el oficio, porque las exigencias respectivas son mayores cada día.

Teniendo por base estos resultados, la comisión investigadora ha recomendado la erección de una escuela de imprenta en la que haya todos los cursos necesarios para aprender la industria.

La dramática muerte de Guillermo II de Inglaterra, quien reinó en los comienzos del siglo XIX, la originó un ciervo. Una mañana se dirigió el monarca a caballo a un bosque cercano a Winchester, con objeto de entregarse a la caza, su placer favorito. Entre los barones que acompañaban ordinariamente al rey, hallábase siempre un caballero normando llamado Tyrrel. Cuando los cazadores se hubieron diseminado por el bosque, quedóse Guillermo solo con Tyrrel, y apenas había empezado a hablar, se precipitó entre los dos un ciervo, al cual quiso el rey dispararle un venablo; pero habiéndose roto la cuerda de su arco volvióse contra su pecho aquel arma terrible y le derribó al suelo con el corazón atravesado. Dadas las crueldades que Guillermo el "Rojo" había

cometido desde su elevación al solio, y de las que hacía principalmente víctima a la nobleza británica, no es de extrañar que los magnates ingleses consideraran al astado bruto de Winchester como su libertador y que decorasen con guirnaldas las cabezas disecadas de ciervos que ornaban sus salas de banquetes.

La garza del Senegal, llamada por los ornitólogos "Scopus umbretta", es una de las aves que construyen un nido más curioso. Su vivienda, hecha con ramas y arcilla, está generalmente sobre algún árbol fuerte, y es de forma abovedada y bastante grande, midiendo a veces dos metros de diámetro por otro tanto de altura. Interiormente está dividida en tres compartimientos o habitaciones superpuestas; en la de más abajo, duerme la pareja y pone la hembra sus huevos; la del centro sirve de despensa donde almacenan las aves el producto de la caza y la pesca, y la más alta hace las veces de garita, situándose en ella el macho para, en caso de peligro, avisar a su compañera con un graznido para que emprenda la fuga.

JUSTIFICACION



—Te has gastado cincuenta pesos en perfumes... ¡Es una exageración!
—Es para disipar el olor de tus cien pesos en cigarros.

La moral cristiana contra los postizos

Al doctor David Peña, vecino y amigo.

Las personas que usan cabello postizo hacen uso, además del cabello, de un legítimo derecho. Y es un derecho inocente e inofensivo. Pueden llevar sobre la cabeza lo que se les ocurra, ya que esa parte culminante de sus respectivas humanidades es de propiedad personal, y esperar que se tenga con ellos igual benevolencia que la que se tiene para los que no llevan nada ni sobre la cabeza ni dentro de ella. Pero han de saber que su tranquilidad la deben al progreso de los tiempos. Hace un puñado de siglos, en los comienzos del cristianismo, se hubieran visto en situación harto espionosa. Los primeros moralistas cristianos condenan la costumbre de llevar cabellos postizos con los términos más airados y por las razones más extravagantes. Tertuliano declara al respecto: "Y tenemos además esas enormidades que no sé con qué nombre

llamar, esas labores en forma de cabellera que unas veces se ponen como una tapa sobre el cráneo y otras se echan hacia atrás para cubrir la nuca"; y en seguida trata de avergonzar a las patricias, reprochándoles que se adornen con los despojos de sus esclavas. Para San Clemente de Alejandría el hecho de llevar cabellos postizos constituye un pecado de los más graves porque "desconciertan la bendición del sacerdote, la cual, cayendo sobre cabellos muertos, desprendidos de otra cabeza, no sabe dónde posarse". Otros moralistas cristianos objetan que esos cabellos, de procedencia sospechosa, pueden haber pertenecido a personas que están en el infierno... Pero los cristianos y particularmente las cristianas creyeron que esas admoniciones se dirigían a los vecinos.

P. CALELLO PONTORIERO.

Olivos, F. C. O. A.

Por qué era general el enano Tom Pouce

La viuda del célebre enano Tom Pouce dice que el título de "general" que ostentaba su marido se lo había concedido la reina Victoria de Inglaterra, a la cual visitó varias veces, recibiendo entre otros obsequios regios un cochecito en miniatura para pasear por la calle.

La primera vez que fué al palacio de Buckingham el enano, se hallaban presentes el duque de Wellington, el príncipe Alberto, el príncipe de Gales, la princesa real, la reina viuda y una porción de personajes. Mr. Barnum, el empresario, presentó a Tom Pouce, y entonces el duque de Wellington dijo refiriéndose al príncipe Alberto, al de Gales y a la princesa real, que eran niños todavía:

—Sus Altezas llevan la cabeza y los hombros a Tom Pouce.

Al oírlo la reina, se volvió y corrigió al militar diciendo:

—El general Tom Pouce,

El duque de hierro inclinó la cabeza y saludó militarmente y repitió:

—El general Tom Pouce.

Todos los presentes hicieron una reverencia, y desde entonces el enano ostentó el título, y las tropas inglesas le presentaban armas en donde quiera que lo encontraban.

—La enana viuda de Tom Pouce se casó con el conde Magri, título que le concedió el abuelo del actual rey de Italia.

La bandera de la viudez

En las tribus del Congo francés existe una costumbre muy rara. Si una mujer pierde al marido, se pone luto y deja que el viento se encargue de marcar el plazo que ha de permanecer viuda. Para esto, en cuanto fallece el esposo, la mujer pone una bandera en un palo alto, y mientras la tela permanece entera la viuda conserva su viudez, pero en cuanto el aire u otras causas climatológicas hacen el más ligero desgarrón en la bandera, la viuda recobra el derecho de hacer feliz a otro mortal.

TROPPO TARDI, CARINA



—Oye, Restituto: en cuanto a nuestra discusión de ayer, he estado pensando que tú tenías razón.

Quienes necesitan tomar HIERRO NUXADO y porque deberían tomarlo.

El médico lo explica y da consejos prácticos de acuerdo con lo que se tiene que hacer para cooperar en la reconstitución de su fuerza, poder y resistencia y aumentar los corpúsculos de la sangre.

Comentando el uso del HIERRO NUXADO como tónico, fuerza y constructor de sangre, el Doctor James Francis Sullivan, médico que fué del Hospital Bellevue (Departamento del Exterior) de Nueva York y del Hospital del condado de Westchester, dijo: Métodos modernos de cocinar y paso rápido en que la gente de este

siglo vive ha hecho un aumento tan alarmante en la falta de hierro en la sangre del hombre y mujer americana que yo muy a menudo me he pasado del gran número de gente que carece de hierro en la sangre y quienes jamás han sospechado su estado de nerviosidad, debilidad y deficiencia. La falta de hierro en la sangre no solamente hace al hombre físicamente y mentalmente débil, nervioso, irritante y fácil de fatigarse, sino que totalmente le roba de la fuerza viril y de esa voluntad de fuerza propia que es absolutamente necesaria para el éxito y fuerza en todos los destinos de la vida. También podrá transformar a una hermosa y simpática dama en una malhumorada, nerviosa e irritante. He subrayado fuertemente la gran necesidad de los médicos en hacer exámenes en la sangre de los pacientes débiles, anémicos y deficientes. Miles de personas año tras año están sufriendo de debilidades físicas y alta condición nerviosa motivada por la carencia de hierro suficiente en los corpúsculos de la sangre roja sin poder darse cuenta de la verdadera y real causa de su padecimiento. Sin hierro en su sangre los alimentos simplemente pasan por su cuerpo, algo parecido a un molino antiguo de maíz con moledoras tan anchas y distantes unas de otras que no pueden moler el grano. Por necesidad de hierro Vd. puede ser un hombre viejo a la edad de treinta años, de intelectualidad lenta, memoria pobre, nervioso, irritante y decayente, mientras que a la edad de cincuenta o sesenta años con hierro suficiente en sus venas, Vd. se puede sentir todavía joven, lleno de vida, sintiendo su cuerpo una agilidad maravillosa llena de energía.

Como prueba de esto, tomo el caso de Chas. A. Towne, Senador que fué en los Estados Unidos y candidato para la Vicepresidencia, quien después de haber pasado la edad de 58 años está todavía en la cumbre de las energías incansables. El Senador Towne dice: He encontrado el HIERRO NUXADO ser del beneficio más grande como tónico y regulativo. De ahora en adelante jamás estaré sin él.

También está William R. Kerr, Comisario de Sanidad que fué de la ciudad de Chicago, quien ha llegado a una edad muy avanzada, pero todavía está vigoroso, activo y lleno de vida. Mr. William R. Kerr dice que tiene fe en su



El hombre anciano é inactivo



La mujer de sociedad debil y agotada

El hombre de negocios agotado

actividad personal de hoy y lo atribuye grandemente al uso del HIERRO NUXADO y cree debería ser recetado por todos los médicos y usado en

todos los hospitales del país. En mi opinión Vd. no puede hacer ésto hombres fuertes, activos, vigorosos, con alimentarlos con hierro metálico. Las formas antiguas de hierro metálico deben de ir por medio de un proceso digestivo para transformarlo en hierro orgánico o sea HIERRO NUXADO, antes de que estén preparados a ser cogidos y asimilados al sistema humano. Sin embargo, todo eso que se ha dicho y se ha escrito sobre este sujeto por médicos de fama y popularidad, miles de personas todavía insisten en recetarse ellas mismas con hierro metálico. Me lo supongo por el motivo de que cuesta unos cuantos centavos menos. Con todas mis energías aconsejo a los lectores que en todos casos consigan la receta de un médico para hierro orgánico — HIERRO NUXADO — y si Vd. no desea molestarse de esta forma, entonces compre solamente HIERRO NUXADO en su paquete original y vea si este nombre especial HIERRO NUXADO está impreso en el paquete. Si Vd. ha tomado preparaciones tales como NUX y HIERRO u otros productos de hierro similares y han fallado en facilitar resultados, tenga en cuenta que tales productos se difieren enteramente de HIERRO NUXADO.

Nota del Fabricante: EL HIERRO NUXADO el cual es recomendado y recetado por los médicos no es un remedio absolutamente secreto sino que es muy bien conocido por los farmacéuticos. Al no ser parecido a los productos de hierro orgánicos más viejos es simplemente asimilado, no hace daño a la dentadura ni la pone negra, ni tampoco causa trastornos en el estómago. El fabricante garantiza resultados satisfactorios y felices en cada compra que se haga, de lo contrario se devolverá el dinero. Los principales farmacéuticos de esta ciudad lo tienen a la venta.

Precio del frasco, \$ 2.75

Para los envíos al interior, debe agregarse el importe del franqueo.

CONCESIONARIOS:

MENDEL y Cía.

Bolívar 879 - Buenos Aires



Otro de los que arreglan nuestro pobre planeta cuando están de visita.

MALPOCADO

La vieja más vieja de la aldea camina con su nieto de la mano por un sendero de verdes orillas, triste y desierto, que parece aterido bajo la luz del alba. Camina encorvada y suspirante, dando consejos al niño, que hora en silencio:

—Ahora que comienzas a ganarlo, has de ser humilde, que es ley de Dios.

—Sí, señora, sí...

—Has de rezar por quien te hicieron bien y por el alma de sus difuntos.

—Sí, señora, sí...

—En la feria de San Gundián, si logras reunir para ello, has de comprar una capa de juncos, que las lluvias son muchas.

—Sí, señora, sí...

—Para caminar por las veredas has de descalzarte los zuecos.

—Sí, señora, sí...

Y la abuela y el nieto van anda, anda, anda... La soledad del camino hace más triste aquella salmodia infantil, que parece un voto de humildad, de resignación y de pobreza hecho al comenzar la vida. La vieja arrastra penosamente las almadreñas, que chocan en las piedras del camino, y suspira bajo el manto que lleva echado por la cabeza. El nieto llora y tiembla de frío: va vestido de harapos; es un zagal albino, con las mejillas asoleadas y pecosas; lleva trasquilada sobre la frente, como un sirviente de otra edad, la guedeja lacia y pálida, que recuerda las barbas del maíz.

En el cielo livido del amanecer aún brillan algunas estrellas mortecinas. Un raposo, que viene huído de la aldea, atraviesa corriendo el sendero. Oyese lejano el ladrido de los perros y el canto de los gallos... Lentamente el sol comienza a dorar la cumbre de los montes; brilla el rocío sobre la hierba; revolotean en torno de los árboles, con tímido aléteo, los pájaros nuevos que abandonan el nido por vez primera; rien los arroyos, murmuran las arboledas, y aquel camino de verdes orillas, triste y desierto, despiértase como viejo camino de sementeras y de vendimias. Rebafos de ovejas

suben por la falda del monte; mujeres cantando vuelven de la fuente; un aldeano de blanca guedeja pica la yunta de sus bueyes, que se detienen mordisqueando en los vallados: es un viejo patriarcal; desde larga distancia deja oír su voz:

—Vais para la feria de Barbanzón?

—Vamos para Amedio buscando amo para el rapaz.

—¿Qué tiempo tiene?

—El tiempo de ganarlo: nueve años hizo por el mes de Santiago.

Y la abuela y el nieto van anda, anda, anda... Bajo aquel sol amable que luce sobre los montes, cruza por los

La cirugía vencida por la Medicina

Contrariamente a la creencia general de que la cirugía vence siempre a la medicina, podemos citar un caso contrario en que ésta ha vencido a aquélla.

Bien sabido es que, hasta la fecha, sólo se curaban las hemorroides con la operación de ellas. Dicha operación comportaba la previa dilatación del ano, dolorosísimo momento que exige la anestesia para su realización y trae a veces tras sí el peligro de un síncope mortal. Tras ella, la prebenición, sección de las hemorroides y su cauterización con el termo-cauterio. Todo esto obligaba al enfermo a una larga estadía en cama y a dijeta sin contar los sufrimientos post operatorios.

Hoy se han eliminado todos estos sufrimientos y las hemorroides se curan sin operación, reduciendo el portador de ellas a seguir atendiendo sus obligaciones, merced a una cura simple medicamentosa.

El "Noridal", que así se llama el nuevo remedio, es quien obra este verdadero prodigio.

A las primeras aplicaciones ya se nota el alivio, para llegar a la perfecta curación en poco tiempo más. Las hemorroides van disminuyendo de tamaño día por día y desaparecen los dolores hasta llegar un momento en que se observa la mucosa en su aspecto normal, sin nuevas recidivas de la enfermedad.

El "Noridal" es envasado en pomos terminados en una cápsula cónica con orificios laterales para la perfecta distribución del medicamento, evitándose así el uso de pomadas aplicadas con los dedos, no siempre en buenas condiciones higiénicas y que, además, hacía doloroso el tratamiento.

Cada pomo lleva anotado en uno de sus lados la dosis de "Noridal" a usar en la aplicación, que debe hacerse dos veces por día. El precio de este medicamento es muy bajo, máxime si se tiene en cuenta el resultado final, y se vende en todas las farmacias.

El "Noridal" siempre vence las hemorroides!

HEMORROIDES

SE CURAN CON NORIDAL

Aprobado por el Dep. Nacional de Higiene, C. 3358.

PRECIO DE VENTA: \$ 3.50 el pomo

Únicos concesionarios:

MENDEL y Cía., Bolívar 879, Bs. As.

Las infecciones genitales

Sabido es que la vagina es un medio en que se desarrollan gran cantidad de gérmenes, unos patógenos y otros no, a la espera de un traumatismo cualquiera o una inflamación que les permita desarrollar su actividad momentáneamente dormida. Hay una causa, generalmente la que da comienzo a toda inflamación: la falta de higiene, tan común en ciertas clases de nuestra sociedad, debida en gran mayoría a la ignorancia de la importancia que tiene para la conservación de la salud.

La mujer, desde el comienzo de su actividad genital, sufre periódicamente congestiones en la matriz, capaces éstas de dar comienzo a una enfermedad genital que puede ser el primer paso hacia la esterilidad.

Si se observase como hábito la toilette íntima, podría evitarse. Es tan sencilla la práctica del lavaje vaginal que, lejos de ser una carga, representa una satisfacción al par que la seguridad de no adquirir una infección.

Dos veces al día, al levantarse y al acostarse, practíquese un lavaje con una solución tibia al 1 o 2 % de "Lysoform", en cantidad, cada vez, de un litro.

El "Lysoform" es el bactericida ideal para este uso, como lo prueba el hecho de ser recetado por la mayoría de los especialistas en ginecología y obstetricia. Forma parte de todas las cajas de parto y está en venta en todas las farmacias. No debe confundirse el "Lysoform" con sus similares, la mayoría irritantes y mal olientes.

El "Lysoform" es el escudo de la mujer. "Lysoform" se vende en todas las farmacias.

camino la gente de las aldeas. Un chalán asoleado y brioso trota con alegre fanfarria de espuelas y de herraduras; viejas labradoras de Cela y de Lestrove van para la feria con gallinas, con lino, con centeno. Allí, en la hondonada, un zagal alza los brazos y vocea para asustar a las cabras, que se gallardean encaramadas en los peñascales. La abuela y el nieto se apartan para dejar paso al señor arcipreste de Lestrove, que se dirige a predicar en una fiesta de aldea:

—¡Santos y buenos días nos dé Dios!

El señor arcipreste refrena su yegua de andadura y mansa y doctoral:

—¿Vais de feria?

—¡Los pobres no tenemos qué hacer en la feria! Vamos a San Amedio buscando amo para el rapaz.

—¿Ya sabéis la doctrina?

—Sabe, si señor. La pobreza no quita el ser cristiano.

—Y la abuela y el nieto van anda, anda, anda... En una lejanía de niebla azul divisan dos cipreses de San Amedio, que se alzan en torno del santuario, oscuros y pensativos, con las cimas mustias, uagidos por un reflejo dorado y matinal. En la aldea ya están abiertas todas las puertas, y el humo indeciso y blanco que sube de los hogares se disipa en la luz como salutación de paz. La abuela y el nieto llegan al atrio: sentado en la puerta, un ciego pide limosna y levanta al cielo los ojos, que parecen dos ágatas blanquecinas:

—¡Santa Lucía bendita vos conserve la amable vista y salud en el mundo para ganarlo!... ¡Dios vos otorgue qué dar y qué tener!... ¡Salud y suerte en el mundo para ganarlo!... Tantas buenas almas del Señor como pasan, ¡no dejarán al pobre un bien de caridad!...

Y el ciego tiende hacia el camino la palma seca y amarillenta. La vieja se acerca con su nieto de la mano y murmura tristemente:

—¡Somos otros pobres, hermano!... Dijéronme que buscabas un criado...

—Dijéronte verdad. Al que tenía enantes abríronle la cabeza en la romería de Santa Baya de Cela. Está que loquea...

—Yo vengo con mi nieto.

—Vienes bien.

El ciego tiende los brazos palpando en el aire:

—¡Llégate, rapaz.

La abuela empuja al niño, que tiembla como una oveja acobardada y mansa ante aquel viejo hosco, envuelto en un capote de soldado. La mano amarillenta y pedigrüña del ciego se posa sobre los hombros del niño, anda a tientas por la espalda, corre a lo largo de las piernas:

—¿Te cansarás de andar con las alforjas a cuestas?

—No, señor: estoy hecho a eso.

—Para llenarlas hay que correr muchas puertas. ¿Tú conoces bien los caminos de las aldeas?

—Donde no conozca, pregunto.

—En las romerías, cuando yo eche una copla, tú tienes que responderme con otra. ¿Sabrás?

—En aprendiendo, sí, señor.

—Ser criado de ciego es acomodo que muchos quisieran.

—Sí, señor, sí.

—Puesto que has venido, vamos hasta el Pazo de Cela. Allí hay caridad. En este paraje no se recoge una mala limosna.

El ciego se incorpora entumecido y apoya la mano en el hombro del niño, que contempla tristemente el largo camino, y la campiña larga y húmeda, y la lejanía por donde un zagal anda encorvado segando hierba, mientras la vaca de trémulas y rosadas ubres paca mansamente, arrastrando el ronzal. El ciego y el niño se alejan lentamente, y la abuela murmura enjugándose los ojos:

—¡Malpocado, nueve años y gana el pan que come!... ¡Alabado sea Dios!...

Ramón DEL VALLE-INCLÁN.

• 1892 - JULIO - 1919 •

MES DE NUESTRO ANIVERSARIO

PRECIOS REDUCIDOS



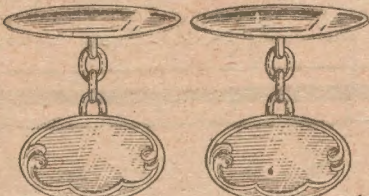
Mysteria

ALFILER para corbata, de platino, con brillante y diamantes, a pesos. . . 195.—

De acero o níquel, a vidrio. . . \$ 7.50
Imitando plata vieja, a vidrio. . . 9.—

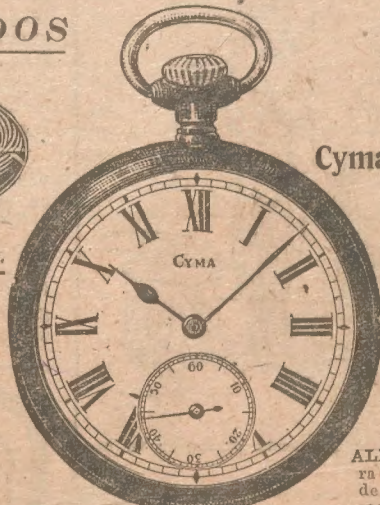


PULSERA enchapada en oro fino, inalterable, muy sólida, a . . . \$ 16.—



GEMELOS de oro, con monograma, a . . . \$ 14.—

De acero o níquel, a vidrio, a \$ 12.—
El mismo, 3 tápas. . . 15.—



Cyma

ALFILER para corbata, de oro, a pesos. . . 10.—



PENDANTIF de oro 18 kilates y platino, con perla fina y piedras fantasía, a \$ 45.—



CRUZ enchapada en oro fino, inalterable, a . . . \$ 8.—



MEDALLA de nacer con montura de oro 18 kilates y platino, con perlas y diamantes, a pesos. . . 80.—



PRENDEDOR enchapado en oro fino, inalterable, con piedras de color, a . . . \$ 10.—



ANILLO de oro 18 kilates y platino, con diamantes, a pesos. 32.—



PRENDEDOR de oro 18 kilates y platino, con perla y brillantes, \$ 100.—

OBSEQUIO

Lea nuestros avisos en los diarios donde indicamos el obsequio de hoy.



CASA ESCASANY

JOYERÍA Y RELOJERÍA
PERÚ y RIVADAVIA — BUENOS AIRES
SUCURSALES: BAHIA BLANCA, TUCUMAN,
MAR DEL PLATA

LA MODA



—No está mal el retrato; pero este verano se va a usar más descote.

El sexto sentido

El señor Percy Way, es un ciego conocido en la Gran Bretaña por su teoría de que los ciegos pueden caminar y orientarse sin ayuda ajena, mediante una facultad que bien desarrollada y cultivada viene a ser como un sexto sentido. Cree que no es indispensable el tradicional bastón que los ciegos usan para guiarse. Según su experiencia personal, el señor Way llega a la conclusión de que es posible utilizar la extremada sensibilidad de los nervios de la cara. Esos nervios, exquisitamente sensibles, pueden en cierta medida, suplir a la vista, y advertirnos de la presencia de los obstáculos cercanos.

Un ejemplo de esta sensibilidad, es, entre otros, la de ciertos marinos, que al sentir en la cara la menor ráfaga de la brisa, conocen en seguida la dirección del viento.

Si se acerca a pocos centímetros del rostro de un ciego, dice, un objeto cualquiera, se comprueba que el ciego siente o percibe misteriosamente la proximidad del objeto, aunque ningún sonido se lo advierta. La sensación es como la de un cosquilleo, o una leve irritación cutánea, no muy definida, pero suficiente para hacerle comprender que algo extraño se le acerca.

Un hombre de ciencia como Sir Hiram Maxim admite la existencia de un sexto sentido mediante el cual tanto el hombre como los animales perciben vibraciones que le advierten de un peligro cercano.

Ya en el siglo XVIII el gran fisiólogo italiano Lázaro Spallanzini, investigó en este misterioso terreno partiendo de la observación de que ciertas especies de murciélagos ciegos atrapan moscas con una notable rapidez y habilidad. Los cinco sentidos normales, tacto,

vista, olfato, oído y gusto no serían suficientes para permitirles atrapar con facilidad presas tan pequeñas y fugitivas como los mosquitos a los cuales no ven. Spallanzini suponía, pues, que debían de gozar de un sentido más sutil.

El naturalista francés Cuvier demostró que ciertos mamíferos crepusculares se orientan en la oscuridad con la mayor facilidad. Atribuía esta propiedad a la extremada delicadeza de la membrana alar de los murciélagos cruzada por finas ramificaciones y pequeños nudos, semejantes a las papilas de la yema de nuestros dedos, cuyo tacto, como se sabe, es de lo más sensible y delicado.

En cambio, Sir Hiram Maxim cree que esa sorprendente propiedad de los murciélagos reside en su sistema piloso, basándose en la observación de que el gato se sirve de los pelos de su bigote para advertir en la oscuridad una presa, un peligro o un obstáculo. En ciertos casos esta facultad está secundada por los carúnculos (órganos carnosos de color rojizo) de la cara de diversas variedades de murciélagos. Algunos, co-

mo los llamados "cestones" "oyen" o "sienten" por la estructura especial del labio superior, o como el murciélago llamado "cara de herradura" por toda la superficie de la cara. No es posible que el hombre posea también esa sensibilidad de que gozan otros animales? Y en este caso ¿no es posible educarla, cultivarla y utilizarla?

Los orígenes del arte dental

La terapéutica dental data de época muy remota. No puede precisarse cuándo comenzó, pero es seguro que los egipcios tenían nociones precisas de ella.

En un papiro del año 3.700 antes de Jesucristo, depositado a los pies del dios Anubis, se citan numerosos remedios contra el dolor de muelas, entre otros un masaje compuesto de beleño pulverizado, que servía para calmar el dolor.

El arte de empastar parece remontarse a la época de Hipócrates. Se han encontrado momias egipcias con muelas cariadas orificadas. Otras tenían dientes postizos de fabricación muy basta, pero que demuestran que en aquella época tan antigua no se desconocía la prótesis dental.

Los chinos también sabían curar el dolor de muelas 2.700 años antes de nuestra Era. Uno de sus sistemas consistía en poner unas gotas de orín en la caries.

La Farmacia mejor surtida

En la que usted encuentra todo lo que pide, que le atiende rápidamente, que vende la primera calidad a los precios más acomodados de plaza, es la

Farmacia Franco-Inglesa

581 - Sarmiento - 587

Puede pedirle:

Especialidades siempre frescas.

Drogas difíciles de encontrar en otra parte.

Herboristería de las mejores procedencias europeas.

Recetas preparadas con productos puros y de una exactitud garantida.

Y se asegurará que es la casa en donde a usted le conviene comprar para obtener:

CALIDAD, PRECIO Y FRESCURA

Teléfonos

Unión Telefónica: 6190, Avenida
Coop. Telefónica: 3697, Central

HOMBRE HONRADO



—Lo que me consuela es no haberme apartado jamás de la rectitud.

LIDIVINA

En 1800 estaba yo en la cárcel de una ciudad provincial y no por primera vez. La causa de esos contratiempos de joven no me obliga a ruborizarme.

No hablaré del carcelero y de su mujer, buena gente caritativa, que me ha dejado un tierno recuerdo; pero no omitiré observar, de paso, que ese triste ministerio de carcelero, es uno de los más honrosos que hay en el mundo, cuando se ejerce con dulzura y humanidad.

La señora Henrley era inválida y estaba casi siempre enferma; pero tenía, para representarla en

dentro del corpiño: era algo que todavía no se permitía. La llevaba sin duda debajo del cilicio de lana basta o de cerda que vestía por penitencia, aunque nunca comprendí por qué Lidivina habría de hacer penitencia. Acaso fuera por haber sido bonita, pues su palidez sana y su delgadez robusta recordaban una talla graciosa y una cara agradable.

Lo que aquí refiero de Lidivina es lo que pensábamos todos, buenos y malos. La influencia de Lidivina en los caracteres más ásperos y rebeldes tenía algo de más poderoso que la fuerza, y se ejercía sin que se supiese precisamente cómo, por una especie de favor providencial. Poseía el secreto de levantar los corazones abatidos y consolar los corazones desesperados. Cuando el rencor y el sufrimiento erguían en el fondo de los calabozos esas rebeldías de individuos que se debaten contra sus hierros y están dispuestos a morir mordiendo

de edad que acerca tan pronto a los jóvenes, sobre todo cuando son desgraciados y por la simpatía de las creencias. Cuando su camisa se entrecabría en algún esfuerzo, ya renovando nuestro misero lecho con una brazada de paja nueva, ya ayudando a transportar un enfermo, había advertido las cintas del escapulario que llevaba reigado del cuello.

Nuestro pabellón, el número 6, era abierto diariamente por Pedro y el saludo que cada mañana nos dirigía era para nosotros como una bendición que alcanzaba a todo el día. Cierta vez los cerrojos fueron corridos más tarde y más rudamento, sin consideración por nuestro sueño, lo que nos anunció la visita de otro llavero. Este se llamaba Nicolás.

Nicolás era un buen hombre a quien otro género de vocación había llevado al servicio de la cárcel y que no sin esfuerzo se había conformado a su nuevo oficio. A fuerza de ejercer las cuerdas bajas



el interior, a una pobre vieja que se llamaba Lidivina, nombre poco conocido, aun entre los santos, y a la cual llamaban los presos "la divina", sin duda creyendo que este nombre hiperbólico era el suyo verdadero. No hay, en efecto, nada que pueda darnos una idea más clara de la divinidad que la caridad cristiana.

Lidivina tenía setenta y ocho años, edad que no le impedía ser activa, pronta y dedicada a todo como si tuviese sólo cincuenta. Hasta era alegre y jovial, pues la primera condición para este carácter es una buena conciencia. Existe una alegría íntima del corazón, que sólo pertenece a las personas honradas. Los espíritus ocupados por malos pensamientos fácilmente se vuelven tristes. Y hay motivo.

Cuando pienso en Lidivina me parece verla siempre con su pequeña cofia blanca y limpia y su corpiño negro ajustado por un cordón de terciopelo negro, un poco descolorido. No se atrevía a llevar visiblemente la cruz, que le acompañaba suspen-

das bayonetas ensangrentadas, no se enviaba a soldados, sino a Lidivina, e instantes después todo quedaba apaciguado.

En esa obra noble y piadosa le secundaba su nieto. Pedro era un joven de veintitrés años, débil de cuerpo, pero infatigable de paciencia y de valor callado. Ninguna molestia le arredraba cuando llegaba el caso de dulcificar las penas de los presos. Daría una idea imperfecta de su fisonomía resignada, pero no abatida, de sus ojos azules, llenos de compasión, de su cabellera rubia, si no dijera que rostros semejantes se ven entre los honrados campesinos de las montañas o en las imágenes de santos pintadas por un artista ingenuo.

Pedro no era un gran personaje, ni aun en la cárcel. Llegado allí, según nuestras conjeturas, por la protección de Lidivina, no era más que un ayudante o mandadero de los porteros. Supe más tarde que ese era precisamente su cargo y que ese cargo era un favor adquirido por su buena conducta.

Me sentí atraído hacia Pedro por esa simpatía

de su voz, el pobre hombre había conseguido una voz bronceada y amenazadora que sabía hacer más formidable frunciendo convulsivamente el entrecejo, un entrecejo que ciertamente no había sido destinado para expresar la cólera. Como esta complicación de artificio debía costarle mucho, cuando más brutalmente contestaba era cuando daba la espalda. Un día en que le sorprendieron llorando a lágrima viva por un hombre que iba a morir y que abrazaba a su mujer por última vez, declaró que le habían echado tabaco en los ojos. He encontrado veinte llaveros como Nicolás. Los hombres no son nunca tan malos como parecen.

—¿Dónde está Pedro?—le dije, sentándome en el lecho.

—¡Pedro! ¡Pedro!—repuso con acritud.—No hacen más que preguntar por Pedro. Se diría que no hay aquí nadie más que él. ¿Acaso Pedro les trae algo más que un cántaro de agua y pan? Aquí tienen el cántaro y aquí tienen el pan: si necesitan algo más, vayan a buscar a Pedro. Está en un calabozo.

—¿Pedro en el calabozo?—exclamé.—¡Es imposible! ¿Qué ha hecho?

—¿Qué ha hecho? ¿Acaso lo sé yo mismo? ¿Acaso me importa? Una puerta abierta más temprano, una puerta cerrada más tarde, una carta entregada secretamente antes de haber sido leída, alguna complacencia de esa clase para con usted o alguno de sus compañeros... Es muy capaz de todo eso, el muchacho.

No necesito agregar que para decir eso Nicolás había vuelto la espalda.

—¡Es infame!—le interrumpí protestando.—Si los magistrados lo supiesen, castigarían severamente ese abuso de fuerza. El calabozo es una penalidad muy grave y ninguna penalidad puede ser infligida a un ciudadano sino por autoridad legal. Este vejamen es indigno para con Pedro, como lo sería con usted.

—Todo eso está bien,—replicó Nicolás mirándome fijamente esta vez.—¿Usted creía entonces que su amigo Pedro es un hombre libre como yo, que puedo salir de la casa esta noche misma, pidiendo que me paguen el salario? Es un preso como usted, con la diferencia de que usted irá mañana a un tribunal y los señores jueces pueden enviarle a casa, si tiene buenos testigos, mientras que Pedro tiene que quedarse aquí trece años más, pues no ha estado más que siete años, y, entienda bien, trece años que podría pasar en galeras, si así se le ocurriera al comisario del poder ejecutivo que por ahora lo deja estar aquí, como en una casa de verano. No dejo de comprender que es muy duro, pero ¿qué se le va a hacer? No tenía la edad necesaria para ser guillotinado.

La guillotina, las galeras, ese buen muchacho de Pedro y esa admirable Lidivina, todas las apariencias que me habían impresionado, todas las nociones que acababa de recoger en una conversación de dos minutos se confundían tumultuosamente en mi espíritu, cuando la puerta se cerró de pronto. No me era ya posible seguir interrogando a Nicolás quien, probablemente, tampoco estaría de humor para responderme; creí oírle murmurar, ya en el corredor, con tono más grave que el de los cerrojos:—Además, ¿qué sé yo? ¿Acaso me importa?, nada tengo que ver con lo que hacen los demás...

Al día siguiente fui llevado ante el tribunal, como Nicolás me había anunciado. Fui absuelto por mayoría de nueve votos en doce.

La primera cosa que me preocupó en cuanto me vi libre fue la historia de Lidivina y de Pedro. En la familia de éstos, en 1793, se había refugiado un sacerdote anciano, que se prometía continuar llevando exhortaciones y esperanzas a redil de cristianos sin pastor y sin altares. Fue sorprendido mientras oficiaba misa y tendió sus brazos a los hierros como un mártir de los tiempos cristianos primitivos. Los fieles del caserío le defendieron, a pesar suyo, con ese ardor que inspira la persecución. Eran quince. Trece murieron en el cadalso, junto con el confesor. La abuela tenía más de setenta años y el hijo menos de diez y seis. Uno no había llegado aún a la edad para ser guillotinado y la otra la excedía.

Por esa causa Lidivina y Pedro estaban en la cárcel.

Entretanto Bonaparte había aparecido y ocupaba el poder. Fue fácil entonces la revisión de esos procedimientos excepcionales de una legislación de antropófagos. Gran número de personas se interesaron por la suerte de Pedro y de Lidivina. No hay nada tan común como hallar corazones dispuestos a la reparación del mal cuando no existe ya peligro que lo impida. No hablé de esos esfuerzos a mis amigos de la cárcel, a los que veía a menudo, porque sabía por experiencia precoz, que el menor cambio administrativo podía hacerlos inútiles; temía causarles una decepción. En cuanto me llegaron los documentos que anulaban su condena, auténticos y bien legalizados, corrí a verlos, diez veces más feliz que el día en que salí de la prisión. Llevaba a Lidivina y a Pedro veintiséis años de libertad.

Eran las cuatro de la tarde de un hermoso día de primavera, como suele tener en abril el Franco Condado; todavía los presos disfrutaban en el patio de la cárcel, a la luz del sol, los últimos minutos de recreo.

—¡Están en libertad!—grité, precipitándome a abrazar a Pedro y en seguida a Lidivina. Al principio no entendían lo que les decía, pero todos los demás circunstantes me comprendieron en seguida y su emoción y sus lágrimas explicaban bastante mis palabras.

Hubo un instante de silencio, un silencio grave y triste; pues en una cárcel en la que se ha vivido siete años es preciso romper más vínculos que los del cautiverio. Lidivina contemplaba a las mujeres, a los convalecientes, a los inválidos para quienes había sido durante tanto tiempo como una madre; detuvo por fin la mirada en un anciano agobiado, a quien había inmovilizado la fatiga de la edad o el exceso de la alegría:

—A ti, Jorge—le dijo—¿quién te traerá el caldo? En seguida, volviéndose a mí y oprimiéndome la mano entre las suyas, exclamó:

—¿Soy realmente libre?

—Sí, Lidivina.

—¿Podría salir con usted ahora mismo, si quisiera?

—Sí, Lidivina.

—¿Me llevarían en seguida a ver al abogado de mis presos?

—Sí, Lidivina.

—¿Puede enseñarme la casa del médico de mis enfermos?

—Sí, Lidivina; y la iglesia va a reabrirse; vivimos bajo un gobierno humano.

—¿Tiene razón, amigo mío! Oh, si yo estuviera segura de no molestar en la cárcel...

La mujer del carcelero hizo un gesto involuntario como para retenerla.

—Bien, bien—continuó, sonriendo, mientras con el reverso de la mano se enjugaba una lágrima.—No soy muy vieja y podría ganarme honradamente mi pan. Vayan ustedes al pabellón: ya han dado las cuatro. Mañana nos veremos... No quiero salir de aquí... ¿Dónde podré ser más útil o más feliz? No hay para mí una casa ni una familia; el mismo cementerio no

me dice nada, pues mi marido, mis hermanos y mis hijos no están allí. Ni siquiera sé dónde están sus restos. En cuanto a Pedro, es otra cosa; es joven, fuerte, laborioso, sufrido y teme a Dios. Si el mundo ha vuelto al bien, Pedro ha de prosperar. Ven, hijo mío, para que te bendiga y te diga adiós.

Pedro no había hablado todavía. Parecía sumergido en una grave meditación. Por fin se acercó a Lidivina, respondiendo a su llamado.

—¡Jamás!—exclamó con firmeza.—He pensado a veces en la vocación que seguiría una vez cumplido el tiempo de mi condena. Hubiera querido dedicarme al sacerdocio, pero no podré hacerlo; he pensado entonces que el oficio de llavero tiene también sus deberes. Nicolás necesita de alguien que le ayude; él sabe que no sé apartarme de mis obligaciones. Déjame aquí, abuela; no saldré de la cárcel. El Señor me ha hecho esta vida y no quiero renunciar a ella.

Los presos se habían retirado. Nicolás no tenía ya motivos para reprimir las expresiones de su emoción.

—¡Quédate! ¡quédate!—decía a Pedro con acento conmovido.

—No es cierto que en mi lugar usted habría hecho lo mismo que yo?—dijo Pedro volviéndose hacia mí.

—Sí, amigo, si hubiera tenido valor.

Lidivina y Pedro han muerto al servicio de los presos.

Carlos NODIER.

La promesa

(Del libro "Las lenguas de diamante", recientemente aparecido)

¡Todo el oro del mundo parecía
diluido en la tarde luminosa!
Apenas un crepúsculo de rosa
la copa de los árboles teñía.

Un imprevisto amor, mi mano unía
a tu mano, morena y temblorosa.
¡Eramos Booz y Ruth ante la hermosa
era que circundaba la alquería!

—¿Me amarás?—murmuraste. Lenta y grave
vibró en mis labios la promesa suave
de la dulce, la amante moabita.

Y fué como un ¡amén! en ese instante,
el toque de oración que alzó vibrante
la rítmica campana de la ermita.

Cual la mujer de Lot

Un perfume de amor me acompañaba.
Volví hacia mi aldea, de la cita,
bajo la paz suprema e infinita
que el ocaso en el campo destilaba.

En mis labios ardientes aleteaba
la caricia final, pura y bendita,
y era como una alegre Sulamita
que a su lar, entre trigos, regresaba.

Y al llegar a un recodo del camino,
tras el cual queda oculto ya el molino,
el puente y la represa bullidora,

volví atrás la cabeza un breve instante
y bajo un tillo en flor ¡vi a mi amante
que besaba en la sien a una pastora!

Primeras rosas

Hoy he visto un seto cubierto de rosas
y he vuelto a mi casa loca de alegría.
¡Hoy he visto un seto cubierto de rosas!
¡Qué impresión de fiesta de amor, alma mía!

He vuelto a mi casa llena de contento
como cuando vemos de nuevo al amante,
por quién suspiramos a cada momento
y que hace ya mucho se hallaba distante.

Yo que amo las selvas, los campos, los prados,
los largos caminos verdes y encantados,
el amor sin trabas en la paz campestre,

sueño ya con dulces fiestas amorosas,
ante este temprano florecer de rosas
sobre la negrura de un cerco silvestre.

Juana de IBARBOUROU.

DESPUES DE LA GUERRA



—Papá, ¿en qué pensabas cuando llevabas este casco?

—En ti.

ANTONIA MERCÉ
(“LA ARGENTINA”)

La voz del baile en su palillo suena,
persuasiva, incitante, misteriosa,
con charla apasionada o amorosa,
con fresca risa, que vibrando atruena.

Eco leve la anuncia, y ya en la escena
danza gentil, ingrátida y airosa,
al son de aquella voz que caprichosa
a su travieso ritmo la encadena.

Goza el concurso a la belleza atento
y calla ¡bravos! y reprime ¡olés!
por no perder del arte ni un momento.

Y sus ojos porteños y españoles
van alumbrando todo movimiento
con la luz de dos cielos y dos soles.

Serafín y Joaquín
ALVAREZ QUINTERO.



EN HONOR DE UN PERIODISTA DE RANGO ::

De rango, sí, ministerial Gómez: no es de 3.ª categoría ni experto en horticultura. Se inició en la Patria Chica, hace rato. Luego atravesó el charco platense, ya consagrado, y aquí mojó abundantemente y sin levantar el pinga en órganos vespertinos: el diario de Pepe Cortejarena, el rotativo de Natalio Bohna y el ídem del negro Villagra. En el segundo, siendo secretario de redacción, emprendieron "las homenajaciones conducentes" de sus camaradas de hoja y de sus amigos de gremio.

Angel M. Méndez regresa a su pago. De ahí la Manduca Carabajal en su honor. Se marcha a colocar la "fundamentaciones ejemplares" de un nuevo diario en la otra orilla, diario independiente y travieso, informativo y antisolenne, con dos ediciones, mucho teatro y nada dignos del respetable espacio que reserva para "el mejoramiento de la raza enballar". Y "Crónica", que así se rotula el Benjamin de la prensa montevideína, aparecerá el 1.º del mes entrante, aunque llueva y a Sampognaro le crezca el pelo.

Brindó la parrillada a la criolla—como para chuparse los dedos, diputado Isnardi—el gran Taborda, ese Andrés Bello de los dibujantes. Tuvo pasajes que hicieron recordar a Balisario, cuando este pico de oro aún no había abridado la Kausa de la Santa Madre Iglesia Germánica. [Notable! Tiempo: 59'37" 2 5.]

Le siguió en el abuso de la palabra el ciudadano Palermo, Elpidio periodístico. Hilaridad general. Y Méndez, un tanto emocionado, epilogó el obligado retruce de circunstancias, con un... "[hasta la vuelta, muchachos]"



Angel M. Méndez (I) flanqueado por el muy aplaudido autor de "El germen disperso" y por el doctor Juan M. Carulla, líder del movimiento pro restauración monárquica en la Argentina, jen serio, Manolo Carlés! En el sector de la derecha, emerge el "doctor" Suárez (II), graduado en la universidad de Micheo, uno de los mozos más populares de la clásica cortada Carabelas, y a cuya "facultaz" debióse la original decoración de la bucólica sala del Volta.

NOTAS ROSARINAS



En el consulado de los Estados Unidos, con motivo del aniversario de la independencia de la Unión, el 4 del corriente.



Con un concierto y ante crecida concurrencia, se festejó el 35.º aniversario de la fundación de la prestigiosa sociedad italiana Giuseppe Garibaldi.

PAISAJES DE LA DOCTORAL CIUDAD



Fiesta infantil en casa del señor Jorge Lagos, jefe político de Rosario.
Fot. Gaspary.



El Parque Sarmiento, iniciativa de beneméritos gobernantes de pura cepa oligarca.—Vista parcial del lago.



CINE



Mildred Harris, la esposa de Carlitos Chaplin.



Enid Bennett.



Dorothy Dalton.



Alice Bennett.



Monumento al almirante Guillermo Brown, erigido en Paseo de Julio, entre Cangallo y Bartolomé Mitre, oficialmente inaugurado el día 8 del actual.

Buenos Aires celebra con entusiasmo y lucimiento el 103 aniversario de la jura de la Independencia Argentina.—Inauguración del monumento al almirante Brown.—Las escuelas ante la bandera nacional.—El desfile militar.—¡Todavía el casco y paso prusianos!...



El señor Arturo Goyeneche, presidente de la cámara de diputados, dirigiendo la palabra a los escolares, que juraron la bandera.



Familias descendientes del almirante Brown, presenciando la inauguración de la estatua levantada por él.

Una de las escuelas mixtas que formaron frente a la casa de gobierno.



Una sección de la marinería de desembarco, cuya corrección en el desfile mereció los aplausos del público.



El presidente de la República, acompañado por el ministro del interior, doctor Ramón Gómez y por el doctor Santiago G. O'Farrell, dirigiéndose a la inauguración del monumento a Brown.



El doctor Santiago G. O'Farrell, pronunciando su discurso en la inauguración del monumento a Brown.



Parte de los alumnos de las escuelas de la capital, congregados en la plaza de Mayo, durante el acto de la jura de la bandera, realizada el martes último.



El ministro de instrucción pública, Dr. Sañudas, y las autoridades del consejo escolar, presenciando el homenaje infantil a la bandera.



El tambor mayor del regimiento 2 de infantería, durante el desfile militar.



El colegio militar desfilando con paso prusiano.



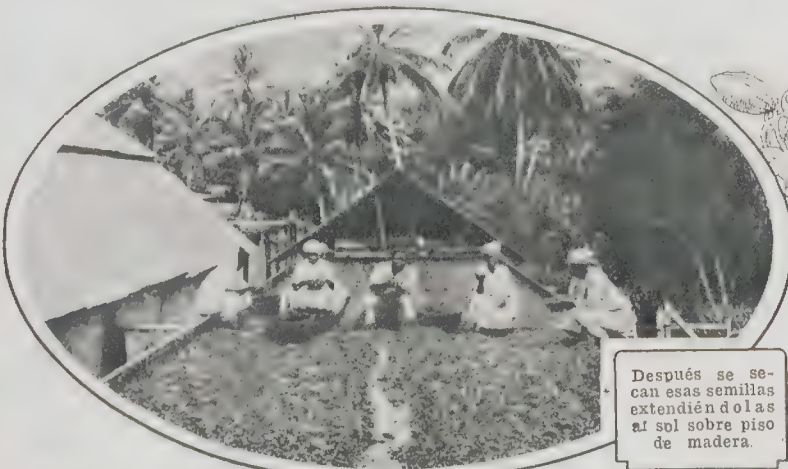
LA PARTIDA DE NACIMIENTO DEL CHOCOLATE



El cacao, árbol centroamericano, produce grandes vainas, de cáscara blanda y gruesa, cuyo interior está lleno de las aromáticas semillas que se emplea en la fabricación del chocolate. Las vainas, semejantes a un melón alargado, se dan en el tronco y las ramas.



La mano de obra en las plantaciones de cacao está representada casi exclusivamente por individuos de raza negra, descendientes de los esclavos africanos. La primera operación, después de cosechado el fruto, que se arranca a mano, consiste en cortar las vainas por la mitad, de un cuchillazo, y arrancarle el racimo de carozos o semillas, que es la parte útil.



Después se secan esas semillas extendiéndolas al sol sobre piso de madera.



Una vez secas, se pisotean a pie descalzo, para descascararlas.



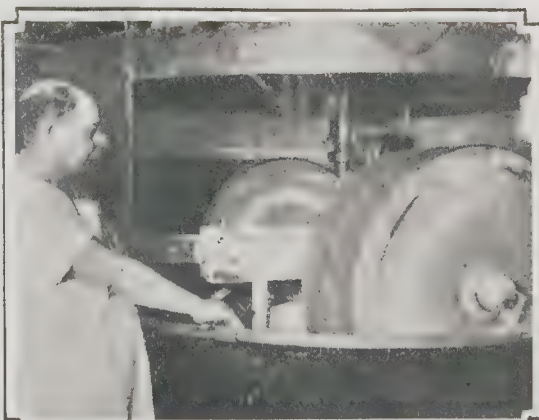
Otra escena de la operación de pisotear las semillas, durante la cual las negras bailan danzas tradicionales. Sin duda es un trabajo muy penoso éste de saltar descalzo sobre los montones de semillas como pedrezuelas.



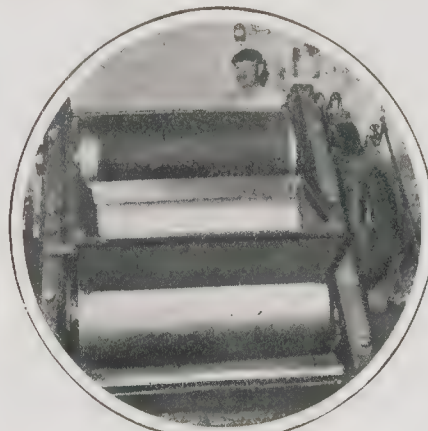
Las semillas de cacao, del tamaño de habas, llegan en bolsas a las grandes fábricas de chocolate. Casi toda la producción se envía con destino a los Estados Unidos.



En la fábrica las semillas son tostadas ligeramente.



Después de sometidas a la acción del calor, pasan a máquinas molidoras que las convierten en polvo o simplemente las machacan.

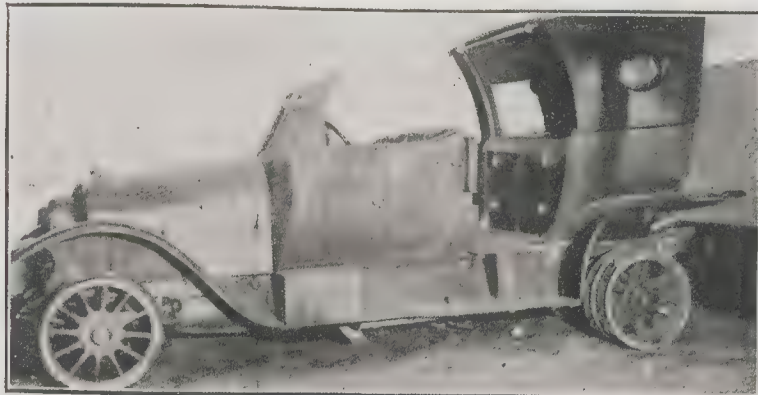


Por último, el producto de la molienda es sometido a una maquinaria de cilindros de donde sale como polvo muy fino. Es esta la substancia que se vende con el nombre de cacao.

ACTUALIDAD EXTRANJERA



Un ejemplo de arte monumental maximalista: en este monumento simbólico erigido en Moscú, el cubo blanco lleva la inscripción: "Banda de guardias blancas"; la cuña que lo raja es de color rojo.



El automóvil que usaba el ex kaiser durante la guerra: la carrocería es un blindado de acero y níquel, a prueba de bombas; los asientos de atrás están resguardados por portezuelas de gruesas chapas metálicas.



Una de las originales demostraciones realizadas en Nueva York para propaganda del Empréstito de la Victoria, consistió en una exposición de trofeos de guerra en la avenida Park. En medio de ésta se erigió la pirámide gigantesca que se ve en la fotografía, cubierta por millares de cascos prusianos.



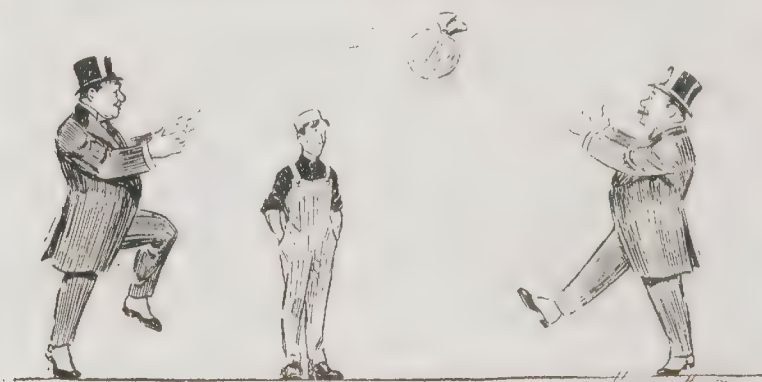
Una manía de los bolshevistas rusos es la de cubrir la fachada de los edificios públicos con grandes inscripciones y dibujos, a menudo ridículos. Es lo que han hecho en este edificio en el que están instalados los sindicatos obreros de Moscú.



Tres notabilidades de la aviación reunidas en Dayton: Orville Wright que es uno de los inventores del aeroplano; ex capitán Rickenbacker, as de los ases norteamericanos, y mayor Schroeder, detentor del record mundial de altura en aeroplano (28.000 pies).



Dos conocidos actores cinematográficos, Douglas Fairbanks y Fred Stone, practican diariamente ejercicios atléticos. En el momento en que los presenta esta instantánea ejecutan un salto notable por la armoniosa agilidad.



Capital en giro



"FRAY MOCHO" EN TUCUMAN



Enlace de la señorita Dora Alurralde con el doctor Ricardo Colombres. Los contrayentes y un grupo de invitados.



Durante el acto inaugural del sanatorio "Clínica Modelo", institución dirigida por los doctores Guasch, Corvalán, Palacios y Cossio. La concurrencia haciendo los honores al lunch.



Bodas de oro sacerdotales del R. P. Angel M. Boisdron, en cuya ceremonia fué padrino el diputado nacional doctor Ernesto E. Padilla.



Alumnas egresadas de la academia de corte y confección que dirige la señora María Llavi de Puig.

Fot. Martín

Cantos de vida y esperanza

Si "Azul"... simboliza el comienzo de mi primavera, y "Prosas profanas" mi primavera plena, "Cantos de Vida y Esperanza" encierra las esencias y savias de mi otoño. He leído, no recuerdo ya de quién, el elogio del otoño; mas, ¿quién mejor que Hugo lo ha hecho con el encanto profundo de su selva lírica? La autumnal es la estación reflexiva. La naturaleza comunica su filosofía sin palabras, con sus hojas pálidas, sus cielos taciturnos, sus opacidades melancólicas. El ensueño se impregna de reflexión. El recuerdo ilumina con su interior luz apacible los más amables secretos de nuestra memoria. Respiramos, como a través de un aire mágico, el perfume de las antiguas rosas. La ilusión existe, mas su sonrisa es discreta. Adquiere el amor mismo cierta dulce gravedad. Esto no lo comprendieron muchos, que al aparecer "Cantos de Vida y Esperanza" echaron de menos el tono matinal de "Azul"... y la princesa que estaba triste en "Prosas profanas", y los caprichos del siglo XVIII, mis queridas y gentiles versallerías, los madrigales galantes y preciosos y todo lo que, en su tiempo, sirvió para renovar el gusto y la forma y el vocabulario, en nuestra poesía encajonada en lo pedagógico-clásico, anquilosada de siglo-de-oro, o apegada, cuando más, a las fórmulas prosaico-filosóficas o barritonantes y campanudas de maestros, aunque ilustres, limitados. Apenas Bécquer había traído su melodía a la germánica, aunque el gran Zorrilla imperase, Cid del Parnaso castellano, con su virtuosidad genial y castiza.

Al escribir "Cantos de Vida y Esperanza" yo había explorado no solamente el campo de poéticas extranjeras, sino también los cancioneros antiguos, la obra ya completa, ya fragmentaria de los primitivos de la poesía española, en los cuales encontré riqueza de expresión y de gracia que en vano se buscarán en harto celebrados autores de siglos más cercanos. A todo esto agregué un espíritu de modernidad con el cual me compenetraba en mis incursiones poliglóticas y cosmopolitas. En unas palabras liminares y en la introducción en endecasílabos se explica la índole del nuevo libro. La historia de una juventud llena de tristezas y de desilusión, a pesar de las primaverales sonrisas; la lucha por la existencia, desde el comienzo, sin apoyo familiar, ni ayuda de mano amiga; la sagrada y terrible fiebre de la lira; el culto del entusiasmo y de la sinceridad, contra las añagazas y traiciones del mundo, del demonio y de la carne; el poder dominante e invencible de los sentidos, en una idiosincrasia calentada al sol de trópico en sangre mezclada de español y chorotega o nagrandano; la simiente del catolicismo contrapuesta a un tempestuoso instinto pagano; complicado con la necesidad psicofisiológica de estimulantes modificadores del pensamiento, peligrosos combustibles, suprimidores de perspectivas afligentes, pero que, ponen en riesgo la máquina cerebral y la vibrante tónica de los nervios. Mi optimismo se sobrepuso. Español de América y americano de España, canté, eligiendo como instrumento al hexámetro griego y latino, mi confianza y mi fe en el renacimiento de la vieja Hispania, en el propio solar y del otro lado del Océano, en el coro de naciones que hacen contrapeso en la balanza sentimental a la fuerte y osada raza del norte. Elegí el hexámetro por ser de tradición greco-latina y porque yo

creo, después de haber estudiado el asunto, que en nuestro idioma, "malgré" la opinión de tantos catedráticos, hay sílabas largas y breves, y que lo que ha faltado es un análisis más hondo y musical de nuestra prosodia. Un buen lector hace advertir en seguida los correspondientes valores; y lo que han hecho Voss y otros en alemán, Longfellow y tantos en inglés, Carducci, D'Annunzio y otros en Italia, Villegas, el P. Martín y Eusebio Caro el colombiano, y todos los que cita Eugenio Mele en su trabajo sobre la "Poesía bárbara en España", bien podíamos continuarlos otros, aristocratizando así nuevos pensares. Y bella y prácticamente lo ha demostrado después un poeta del valer de Marquina.

Flexibilizado nuestro alexandrino, con la aplicación de los aportes que al francés trajeran Hugo, Banville y luego Verlaine y los simbolistas, su cultivo se propagó—quizá en demasía—en España y América. Hay que advertir que los portugueses tenían ya tales reformas.

Hay, como he dicho, mucho hispanismo en este libro mío; ya haga su salutación el optimista, ya me dirija al rey Oscar de Suecia, o celebre la aparición de Cyrano en España, o me dirija al presidente Roosevelt, o celebre al Cisne, o evoque anónimas figuras de pasadas centurias, o haga hablar a D. Diego de Silva Velázquez y a D. Luis de Argote y Góngora, o lo a Cervantes, o a Goya, o escriba la Letanía de Nuestro Señor Don Quijote. ¡Hispania por siempre! Yo había vivido ya algún tiempo y habían revivido en mí alientos ancestrales.

El título—"Cantos de Vida y Esperanza"—si corresponde en gran parte a lo contenido en el volumen, no se compadece con algunas notas de desaliento, de duda, o de temor a lo desconocido, al más allá. En "Los tres reyes magos" se afianza mi deísmo absoluto. En la "Salutación a Leonardo"—escrita en versos libres franceses y publicada hacía tiempo en el "Almanaque de Peuser" de Buenos Aires—hay juegos y enigmas de arte, que exigen para su comprensión, naturalmente, ciertas iniciaciones. En "Pegaso" se proclama el valor de la energía espiritual, de la voluntad de crea-



—Me parece que estos cachivaches todavía pueden dar resultado.

ción. En "A Roosevelt" se preconiza la solidaridad del alma hispano-americana ante las posibles tentativas imperialistas de los hombres del Norte; en la poesía siguiente se considera la poesía como un especial don divino y se señala el faro de la esperanza ante las amenazas de la baja democracia y de la aterradora igualdad; en "Canto de Esperanza" vuelvo mis ojos al inmenso resplandor de la figura de Cristo, y grito por su retorno, como salvación ante los desastres de la tierra envenenada por las pasiones de los hombres; y, más adelante, de nuevo hago vislumbrar a los meditabundos pensadores, a los poetas que sufren la transfiguración y la final victoria. "Helios" proclama el idealismo y siempre la omnipotencia infinita; "Spes" asciende a Jesús, a quien se pide "contra el sañudo infierno una gracia lustral de iras y lujurias"; la "Marcha triunfal" es un "triumfo" de decoración y de música. Hay una parte titulada "Los cisnes". El amor a esta bella ave simbólica desde antiguo:

Quæ colat, elegit contraria flumina flammis... ignem perosus.

ha hecho que tanto a mí como al español Marquina nos haya censurado un crítico hispanoamericano, anteponiendo al ave blanca de Leda el ave sombría, aunque minervina: el buho. De cierto, juzgo en su metamorfosis más satisfecho al hijo de Sthenela que a Ascalafos. Y con todo, en varias partes afirmo la sabiduría del buho. Por el símbolo cisneico torno a ver lucir la esperanza para la raza solar nuestra; elogio al pensador augurando el triunfo de la Cruz; me estremezco ante el eterno amor. En "Retrato", presento en lienzos evocatorios pasadas figuras de la grandeza y del carácter hispánicos: cuatro caballeros y una abadesa. Luego ritmo al influjo primavera, en un romance cuyo compás corto da pronto. En "La dulzura del Angelus" hay como un místico ensueño, y presento como verdadero refugio la creencia en la Divinidad y la purificación del alma y hasta de la naturaleza por la íntima gracia de la plegaria. "Tarde del trópico" fué escrita hace mucho tiempo, cuando por la pri-

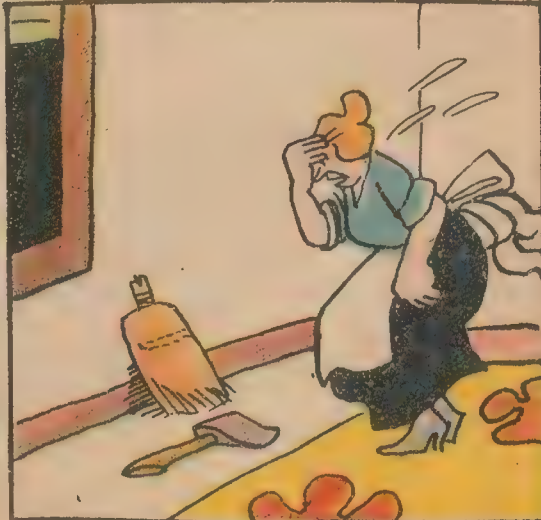
mera vez sentí bajo mis pies las vastas aguas oceánicas, en mi viaje a Chile. Era para mí entonces todo en la poesía el semidiós Hugo. Los "Nocturnos", en cambio, dicen una cultura posterior; ya han ungido mi espíritu los grandes "humanos", y así exteriorizo en versos transparentes, sencillos y musicales, de música interior, los secretos de mi combatida existencia, los golpes de la fatalidad, las inevitables disposiciones del destino. Quizá hay demasiada desesperanza en algunas partes; no debe culparse sino a los marcados instantes en que una mano de tiniebla hace vibrar mayormente el cordaje martirizador de nuestros nervios. Y las verdades de mi vida: "un vasto dolor y cuidados pequeños"; "el viaje a un vago Oriente por entrevistas barcos"; "el grano de oraciones que floreció en blasfemia"; "los azoramientos del cisne entre los charcos"; "el falso azul nocturno de inquerida bohemia"... Si, más de una vez pensé en que pude ser feliz, si no se hubiera opuesto "el rudo destino". La oración me ha salvado siempre, la fe; pero hame atacado también la fuerza maligna poniendo en mi entendimiento horas de duda y de ira. Mas, ¿no han padecido mayores agresiones los más grandes santos? He cruzado por lodazales. Puedo decir, como el vigoroso mejicano: "Hay plumajes que cruzan el pantano, y no se manchan: mi plumaje es de esos". En cuanto a la bohemia inquerida, ¿habría yo gastado tantas horas de mi vida en agitadas noches blancas, en la euforia artificial y desorbitada de los alcoholes, en el desgaste de una juventud demasiado robusta, si la fortuna me hubiera sonreído y si el capricho y el triste error ajenos no me hubiesen impedido, después de una crueldad de la muerte, la formación de un hogar?

Esperanza olorosa a yerbas frescas, trino del ruiseñor primavera y matinal, azucena tronchada por un fatal destino, rebuza de la dicha, persecución del mal...

Y gracias sean dadas a la suprema Razón, si puedo clamar con el verso de la ópera de este libro: "¡Si no caí fué porque Dios es bueno!" En la "Canción de Otoño en Primavera"

(Continúa después de la página infantil)

PÁGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí



digo adiós a los años floridos, en una melancólica sonata, que, si se insiste en parangonar, tendría su melodía algo como un sentimental eco mussetiano. Es de todas mis poesías la que más suaves y fraternos corazones ha conquistado. En "Trébol" hay homenaje a glorias españolas; en "Charitas" una aspiración teológica incensa la más sublime de las virtudes. En los siguientes versos: "¡Oh, ter:emoto mental!" pasa la amenaza de las potencias maléficás; y más adelante se señala el peligro de la eterna enemiga, de la hermosa Varona que nos ofrece siempre la manzana... En "Filosofía" se comprende la justeza de la obra natural y de la divina razón, contra las feas y dañinas apariencias; en "Leda" se vuelve a cantar la gloria del Cisne; en "Divina Psiquis"... se tiende, en el torbellino lírico, al último consuelo, al consuelo cristiano. "El soneto de trece versos", cuyo sentido incomprensible ha hecho balbucir juicios distantes a más de un crítico de poca malicia, es un juego a lo Mallarmé, de sugestión y fantasía. Los versos que van a continuación elevan a la idealidad y alivian del peso a las miserias morales. Después vendrá un paternal recuerdo, un himno al encanto misterioso femenino, un loor al Gran Manco, un madrigal ocasional, un canto a la siempre para mí atractiva Thalassa, una meditación filosófica, seguida de otras; una silueta bíblica; alegorías y símbolos. Un soneto hay que tiene una dolorosa historia: "Melancolía". Está dedicado a un pobre pintor venezolano que tenía el apellido del Libertador. Era un hombre doloroso, poseído de arte, pero mayormente de su desesperanza.

Le conocí en París; fuimos íntimos, me mostró las heridas de su alma. Yo procuré alentarle. Pasado un corto tiempo partió para los Estados Unidos. Y no tardé en saber que en Nueva York, en el límite de sus amarguras, se había suicidado. "Aleluya" exalta el don de la alegría en el universo y en el amor humano. "De Otoño" explica la diferencia entre los mayores y diciembres espirituales; en el poema "A Goya" me inclino ante el poder de aquel genial príncipe de luces y tinieblas; en "Caracol" junto al misterio natural mi incógnito misterio; en "Amo, amas", pongo el secreto del vivir en el sacro incendio universal amoroso; en el "Soneto autumnal al marqués de Bradomín", al celebrar a un gran ingenio de las Españas, exalto la aristocracia del pensamiento; en otro "Nocturno" digo los sufrimientos de los invencibles insomnias cuando el ánima tiembla y escucha; en "Urna votiva" cumplo con la amistad; en "Programa matinal" se expone un epicureísmo todo poético; en "Ibis" señalo el peligro de las ponzoñosas relaciones; en "Tha-

natos" me estremezco ante lo inevitable; "Ofrenda" es una ligera y rítmica galantería banvillesca; en "Propósito primaveral" de nuevo se presenta una copa llena de vino de las ánforas de Epicuro.

La "Letanía de Nuestro Señor Don Quijote" afirma otra vez mi arraigado idealismo, mi pasión por lo elevado y heroico. La figura del caballero simbólico está coronada de luz y de tristeza. En el poema se intenta la sonrisa del "humour"—como un recuerdo de la portentosa creación cervantina,—mas tras el sonreír está el rostro de la humana tortura ante las realidades que no tocan la complejión y el pellejo de Sancho. En "Allá lejos" hay un recuerdo de paisajes tropicales, un recuerdo de la ardiente tierra natal, y en "Lo fatal", contra mi arraigada religiosidad y a pesar mío, se levanta como una sombra temerosa un fantasma de desolación y de duda.

Ciertamente, en mí existe, desde los comienzos de mi vida, la profunda preocupación del fin de la existencia, el terror a lo ignorado, el pavor de la tumba, o, más bien, del instante en que cesa el corazón su ininterrumpida tarea y la vida desaparece de nuestro cuerpo. En mi desolación me he lanzado a Dios como a un refugio, me he asido de la plegaria como de un paracaídas. Me he llenado de congoja cuando he examinado el fondo de mis creencias, y no he encontrado suficientemente maciza y fundamentada mi fe, cuando el conflicto de las ideas me ha hecho vacilar y me he sentido sin un constante y seguro apoyo. Todas las filosofías me han parecido impotentes, y algunas abominables y obra de locos y malhechores. En cambio, desde Marco Aurelio hasta Bergson, he saludado con gratitud a los que dan alas, tranquilidad, vuelos apacibles y enseñan a comprender de la mejor manera posible el enigma de nuestra estancia sobre la tierra.

Y el mérito principal de mi obra, si alguno tiene, es el de una gran sinceridad, el de haber puesto "mi corazón al desnudo", el de haber abierto de par en par las puertas y ventanas de mi castillo interior, para enseñar a mis hermanos el habitáculo de mis más íntimas ideas y de mis más caos ensueños. He sabido lo que son las crueldades y locuras de los hombres. He sido traicionado, pagado con ingratitudes, calumniado, desconocido en mis mejores intenciones por prójimos mal inspirados, atacado, vilipendiado. Y he sonreído con tristeza. Después de todo, todo es nada, la gloria comprendida. Si es cierto que "el busto sobrevive a la ciudad", no es menos cierto que lo infinito del tiempo y del espacio, el busto, como la ciudad, y, ¡ay!, el planeta mismo, habrán de desaparecer ante la mirada de la única Eternidad!

Rubén DARIO.

Lanza rota

En las lides de Amor, don Juan galante,
nunca mendigo fui, ni fui corsario;
y fué el libro de Kempis, torturante,
mi mejor y más fiel devocionario.

"El Quijote!", Señor, es mi breviario;
pero hoy, no como antaño, en Rocinante
quiero vencer en mi reñir a diario.
De aquella aspiración estoy distante.

Me va venciendo Sancho. El caballero
de la Triste Figura ya no existe:
con el yelmo, la adarga y el acero

rodaron sus ensueños al abismo.
Y por eso, Señor, por eso mismo,
me voy haciendo, cada vez más triste.

JESUS URIBE.

POVLO GRASEOSO LEICHNER

Aliento De Flores

aprisionado en finísimo polvo, obtenido de las substancias más puras; tal puede llamarse el contenido de una caja de

POVLO GRASEOSO

LEICHNER

Empléelo Vd., señora, y cuantos la rodean admirarán el encanto de su rostro terso y aterciopelado sin sospechar la colaboración invisible de la capa finísima de Polvos Graseosos LEICHNER que protege su cutis realzando sus atractivos.

VENTA EN TODAS PARTES

MENDEL & Cía.

BOLÍVAR, 879
BUENOS AIRES



EVITE Vd. EL ERROR Y
EVITARÁ EL PERJUICIO



Al pedir Polvo Graseoso, pida Vd. Polvo Graseoso LEICHNER, única forma de salvar el encanto de su piel, de las consecuencias que a él aportaría el uso de burdas imitaciones.

A LA MANERA ANTIGUA

Un rico terrateniente británico galopaba por una de sus extensas propiedades cuando encontró un individuo que se paseaba tranquilamente por sus tierras cercadas. Se bajó del caballo y le interpeló indignado:

—¿Sepa que está dentro de una propiedad particular!

El hombre muy tranquilo preguntó: —¡Ah!, ¿es suya esta tierra?, ¿y por qué le pertenece?

—La he recibido de mis ascendientes.

—¿Y cómo les pertenecía a sus ascendientes?

—La recibieron a su vez de sus antepasados.

—¿Y a éstos quién se la dió?

—La conquistaron combatiendo.

—Perfectamente—repuso el intruso arremangándose los brazos y adoptando una actitud resuelta—yo también puedo adquirirla de la misma manera.

EL VOTO FEMENINO

Primera sufragista.—¿Ya sabes cómo irás a votar?

Segunda sufragista.—Sí: con saco "tailleur" azul marino y zapatos de gamuza.

CUANDO LA MÚSICA NO RESULTA

—No me explico por qué llora tanto su niño. Hace media hora que su mujer le está cantando...

—Por eso.

ERUDICIÓN

—¿Sabe usted quién escribió "La Dama de las Camelias"?

—Uno de los dos Dumas o el otro.

HOMEOPATÍA

—Sí, amigo, obligo a mi hija a estudiar el piano durante cinco horas diarias.

—¡No seas bárbaro! así le vas a quitar para siempre las ganas de sentarse delante de un piano...

—Es lo que espero.

CIRCUNLOQUIO

—¿Qué tal mi hijo?—preguntó el personaje al maestro del pueblo.

En realidad el chico era un perfecto haragán, pero el maestro no deseaba expresarlo tan crudamente; de modo que se limitó a decir:

—Va muy bien, señor; pero si tuviera otra mano, habría que hacerle otro bolsillo.

A MEDIAS

Un hombre fué a visitar a un amigo, un cierto coronel que vivía en la Luisiana. Cuando llegó a la casa era hora de acostarse, y como en su cama no hubiera mosquitero le tocó sufrir terriblemente a causa de los mosquitos. A la mañana siguiente preguntó al sirviente negro por qué no había mosquitero en su cama.

—¿Y el coronel duerme sin mosquitero?—preguntó al negro.

—Sí, señor—contestó el criado.

—¿Y cómo diablos puede dormir con tal suplicio?—dijo el visitante.

—Bien, señor, le explicaré...—replicó el negro.—En las primeras horas de la noche, el coronel está tan borracho que no se preocupa de los mosquitos... y en las horas que siguen hasta el amanecer los mosquitos están tan borrachos que no se ocupan del coronel.

ES MEJOR OPERAR AL CONTADO

La señora.—Ahora no puedo determinar, hermanito, a la vuelta le daré una moneda.

El mendigo.—Señora, ¿no puede us-

EUREKA

ANTISÁRNICO Y GARRAPATICIDA SIN VENENO

Compañía Introdutora de Buenos Aires

BME. MITRE, 537

U. S. Y MEXICO



—¡Otra vez ese odioso gato!

ted imaginarse cuánto he perdido abriendo crédito de ese modo!

LA CONSIGNA ES LA CONSIGNA

Una ocasión, Nicolás I vió a un soldado de infantería que hacía la guardia en la intersección de dos avenidas, en los jardines de Peterhof.

—¿Qué haces aquí?—le dijo.

—Lo ignoro, majestad. Hace una hora relevé a mi camarada.

El zar hace venir al gobernador del palacio, y le pregunta:

—¿Qué hace aquí este centinela?

Y fué varios días después cuando el general, todo confuso, pudo dar al soberano la siguiente respuesta:

—Majestad; el centinela cuidaba una rosa que había llamado la atención de S. M. la emperatriz Catalina II.

Muchos años antes, habiendo causado a Catalina II admiración una rosa abierta en uno de los "parterres", prohibió que se la cortara. Para estar segura de que la orden de la soberana sería obedecida, el gobernador había señalado un centinela para cuidar de esa flor. Con el tiempo, rosa y centinela habían sido olvidados.

BUENO PARA CHACRA

Siendo el insigne actor Antonio Vico empresario del Teatro Español, de

Madrid, le preguntaron al comienzo de una temporada:

—¿Hay mucho abono?

—Ninguno. Se conoce que el público ha tomado este teatro como tierra fértil y de regadío.

ACEFALIA GENERAL

Lidia Borelli acaba de entrar en su camarín, terminada la representación de "Salomé".

—¡Oh, señorita!—dijole uno de sus muchos adoradores.—Es usted una bailarina maravillosa.

—¿De veras?—preguntó coquetamente la celebrada actriz.

—De veras. Más maravillosa, desde luego, que la que en realidad bailó ante Herodes pidiéndole la cabeza de San Juan Bautista.

—¡Oh! ¡Usted exagera, señor!

—De ningún modo. Vea: cuando aquella mujer bailó, fué decapitado un hombre, uno solo... En tanto que, cuando usted baila, todos los hombres que le ven pierden la cabeza.

DESCORTÉS

En cierta ocasión, los artistas de la Comedia Francesa fueron a Folies Dramatiques a representar un acto de una obra de Molière en una función benéfica. El jefe de la "troupe", que no ha mucho murió en París, dejando una considerable fortuna, ovacionó a los artistas y pidió la salida a escena del autor. Después, decía:

—Ese señor Molière tiene talento; pero está mal educado. Ni ha querido salir, ni tampoco ha venido a darme las gracias, como hace siempre el señor Scribe.

TRES AL DÍA

Un negro fué a ver a un doctor a pedirle remedio para una enfermedad de que se quejaba y el médico le dió una caja de píldoras.

Al día siguiente volvió el negro a la oficina del doctor.

—¿Cómo se siente ahora?—le preguntó el médico.

—Más o menos lo mismo—contestó el negro.

—¿Tomó las píldoras?—pregunta el doctor.

—No, señor.

—¿Por qué no?

—En la caja había un letrero que decía: tome una píldora tres veces al día. Y yo no puedo entender cómo una persona puede tomar una píldora más de una vez. He venido a pedirle nuevas instrucciones.

LO DEL VIEJO REFRAN

—Disculpa que te venga a visitar con el único traje viejo que tengo.

—En mi casa nadie se fija en los trajes.

—Estás en un error. Cuando Mamé a la puerta salió tu sirvienta y sin dejarme hablar, ¿sabes lo que me dijo?

—No.

—Pues... "no hay pan duro".

ERA INNECESARIA

Cuéntase que el paseo favorito de Mark Twain era un cementerio, un pequeño cementerio de las cercanías de Nueva York, cercado solamente por un verdadero seto.

Cierta día, Mark Twain se encontró con un grupo de individuos que iban y venían por aquel lugar de reposo, discutiendo y tomando medidas.

—¿Qué vienen ustedes a hacer aquí?

—se atrevió a preguntarle el escritor.

—Este seto—dijo uno de ellos—no es suficiente; vamos a construir una tapia sólida alrededor de este cementerio.

—¡Una tapia! ¿Para qué? Es perfectamente innecesaria. Los que están dentro no han de salir, y los que están fuera no tienen ganas de entrar.

TAQUIGRAFÍA

TAQUIGRAFO DEL H. SENADO NACIONAL

Profesor de Taquigrafía del Círculo de la Prensa

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS DE LA CAPITAL E INTERIOR

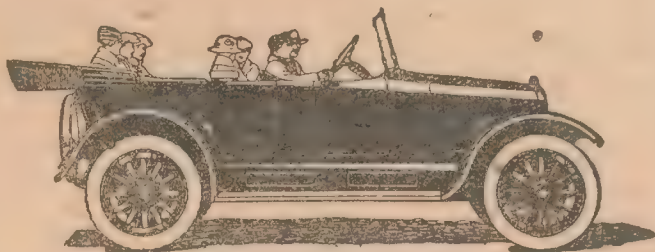
Precio del ejemplar: \$ 3. Pedidos a: Ag. Gral. de Librería y publicaciones, Rivadavia 1573.

Sistema Pitman (3.ª Edición) PARA APRENDER SIN NECESIDAD DE MAESTRO Curso teórico-práctico por F. García Beltrán.

Overland

\$ 4.750 m/n

Alumbrado eléctrico
Arranque eléctrico
Encendido por magneto
Siete asientos



Viaje usted en Este "85 Cuatro"

Un coche de gran belleza y duración, cuya operación es altamente satisfactoria y su gran potencia se gobierna fácilmente.

Con toda la potencia de un coche grande, este modelo Overland tiene la flexibilidad de un coche liviano.

A todas estas ventajas hay que agregar la comodidad al viajar. Ruedas y neumáticos grandes, muelles del tipo modillón, todo lo cual resulta en una comodidad poco común en coches de este tamaño.

Lleva magneto de alta tensión. Su equipo es completo. Su mantenimiento es económico.

Se sentirá Vd. orgulloso de este Overland, de su aspecto y de su operación. Debido a nuestra enorme producción, puede Ud. gozar de este coche a un precio extraordinariamente bajo.

En su clase no hay otro que se le compare.

P. A. HARDCASTLE

Plaza de Mayo-Pasaje Overland-Buenos Aires

La servidumbre de rey

A fines del siglo XVIII, en Versalles, no menos de cuatro mil personas componían la servidumbre del rey de Francia: cuatro mil personas que no tenían más destino que satisfacer las necesidades, los caprichos, el lujo y la vanidad de un solo individuo. El número de cocheros y palafreneros era el más elevado, si no el que más gasto implicaba, pues en los establos reales había unos cinco mil caballos. Todo esto mientras en algunas regiones del país la miseria era tan horrible que los campesinos comían pasto y hasta tierra.

Ese personal se distribuía en 22 departamentos: "la casa del rey", la cámara del rey, la "boca" del rey, el guardarropas, montería, halconería, jauría, etc. Cada uno de esos departamentos se dividía en numerosas secciones; por ejemplo: la cocina, en asados, postres, panadería, etc., y cada sección contaba con jefes, ayudantes, pinches y toda una jerarquía de empleados.

A tal extremo se lleva la división del trabajo entre la servidumbre que en 1750 la nodriza de la nieta del rey no tiene más función oficial que la de amamantarla, no puede cargar, llevar ni tocar la niña. Se encargan de esto las "remueses" mujeres especialmente encargadas de llevar la niña a la nodriza. Si un alfiler pincha a la niña, la nodriza no debe quitársela: es tarea que corresponde a otra persona.

Tal sistema implica su parte de ridículo: hay un funcionario y no de los menos importantes, cuya función en la corte consiste en llevar el vaso de noche del rey. Fuera de esta tarea no desempeña ninguna otra.

El ejemplo del soberano influía en los personajes particulares: en la residencia de Ponchartrain había una servidumbre compuesta por 113 personas y los servidores del cardenal de Rohan eran 239, número que no impedía que el prelado se quejara de no poder lograr que se le sirviera bien.

La reina María Antonieta tenía 700 servidores, pero como a ninguno de ellos correspondían las altas funciones de pasar el plumero, llegó una ocasión en que los muebles de la soberana estaban cubiertos de polvo.

Jesusa GALÍNDEZ.
(De la casa civil de S. E.)

El misterio de la longevidad

Roger Bacon opinaba que el hombre viviría mil años si supiese economizar su provisión de fuerza vital, y el célebre fisiólogo Flourens dedujo del estudio de los centros nerviosos que la vida debía prolongarse más de lo que se prolonga.

El escocés Samit Mungo y el húngaro Pedro Ozarten llegaron a cumplir ciento ochenta y cinco años de edad, y aunque no tan notables abundan más de lo que se cree los casos de longevidad.

Las costumbres de las personas que han alcanzado una edad muy avanzada arrojan poca luz sobre las causas de la longevidad y muchas veces son contradictorias.

Francisco Mong, que murió en Smirna a la edad de ciento catorce años, no bebía más que agua de escorzonera. Juan Outrego, fallecido en Galicia a los ciento cuarenta y siete años, casi no se alimentaba más que con pan de maíz. Legier, muerto a los ciento siete años, anduvo siempre des-

calzo; Maulmy, que cumplió ciento diez y nueve años, era vegetariano y no bebía más que agua. De este centenario se cuenta que jamás se enfadó ni se puso de mal humor en su larga existencia.

A los que abominan del tabaco se les puede recordar el caso de Favrot, que no se le caía la pipa de los labios y, sin embargo, llegó a cumplir ciento cuatro años.

En lo que parecen estar de acuerdo todas las biografías de los centenarios es en que ninguno se excedió ni en la comida ni en la bebida. Un centenario inglés llamado Parr murió a los ciento cincuenta y dos años por comer un día con exceso en la mesa del rey Carlos II.

Según algunas autoridades, los casados viven más que los solteros y en nuestro tiempo han aumentado las probabilidades de pasar de setenta años, pero en cambio han disminuido las de vivir más de ochenta.

La vida en el hielo y en el fuego

El organismo humano puede soportar el calor y el frío hasta un grado sorprendente. Cuéntase que sir George Nares y los individuos que le acompañaban soportaron durante cuarenta y ocho horas una temperatura de 62° centígrados bajo cero, y en cambio el profesor francés Chaubert, titulado "el rey del fuego" podía permanecer durante bastante tiempo en un horno calentado a 250° centígrados.

Los peces, los reptiles y los insectos pueden ser helados sin que sufran ningún daño, siempre que la operación se efectúe lentamente, y se tomen ciertas precauciones. Muchos microrganismos pueden quedarse, en seco, completamente desprovistos de humedad, y volver a la vida en cuanto se les pone en algún líquido. Esta operación la pueden soportar hasta una docena de veces.

Las plantas no toleran más que cierto minimum de temperatura, bajo el cual dejan de existir. La mayoría de los vegetales permanecen inactivos cuando el mercurio baja al cero, y sólo en algunos muy resistentes como la col subsiste la asimilación hasta una temperatura algo superior al punto de congelación del agua. Lo mismo que con el frío, no pueden soportar más allá de cierta mínima, las plantas no viven pasando de cierto maximum. Más allá de los 35° a 55°, según la especie, los vegetales mueren, y poco antes de alcanzar el límite se queda suspendida su actividad.

UN ENCUENTRO



—¡Salud!... Me parece cara conocida.

Colaboración espontánea

A Paul Verlaine

(Responso)

De ser hasta la muerte, en horas milagrosas,
Toda una azul locura mi múltiple existencia,
Haré que en mí las rimas florezcan como rosas,
Bajo el sol é la luna, plétóricas de esencia.

E iré como tú, Padre, sediento, aunque bisoño,
De taberna en taberna, tal cual fué tu destino:
Para soñarme dueño, en las tardes de Otoño,
De la maravillosa Lámpara de Aladino.

Y así, mientras se embriaguen de dicha mis empeños,
Yo colmaré el talego de mis líricos sueños
Con las onzas de oro de tu Buena Canción:

O, en las marchas forzadas por caminos adversos,
Como blondas espigas, desgranaré tus versos
Y haré pan de poesía para mi corazón!

Santos AGUILERA.

Recuerda la anciana...

Era la hora extraña de las oraciones
que dicen las monjas allá en sus conventos;
un cuervo siniestro lanza en los horcones
lúgubres graznidos que llevan los vientos.

En un campanario silente y sombrío
chilla una lechuza su grito agorero,
tiritita la anciana de miedo y de frío
y se acerca cabe el cálido brasero.

Es que ella recuerda que hace muchos años
cien hombres feroces, de rostros huraños
entraron al pueblo cual sueltos jaguares

vejaron a santas mujeres hermosas,
sangraron las testas tiernas o canosas
¡y vieron un rojo festín los altares!

Oscar Bernardo MOYANO.

Porque somos los dos...

He de callar mi desgraciada queja...
Lo noble de mi amor es de un enfermo;
Busco ser feliz y el padecer
Germina en mi interior, porque te quiero.

Si me vieras llorar mujer hermosa
En los instantes que de ti me alejo,

Mordería tu espíritu la pena,
Si supieras que vivo entre los muertos.

Fuiste para mí gigante nave
Portadora de todos mis derechos.
Pero plugo a los dioses el naufragio,
Por la misma eclosión de mis excesos!

Has burlado la grandeza de mi alma
Con el olvido de tu amor primero;
Y al correr de los años no te asombre
La eterna soledad de nuestro invierno.

Viviré en la amargura de las horas
Lamiendo las cenizas de aquel fuego,
Con la risa de Voltaire en todas partes
Aunque ruja el dolor dentro mis huesos.

Procedo bien o mal: El luto es mío.
Pongo el pesar más hondo en estos versos:
¡Poco a poco te llevo hacia mi tumba,
Porque somos los dos, un mismo espectro!

Enrique BRAVO.

El rancho

Al distinguido amigo el señor
doctor Jorge B. Villalta.

¡Pobre rancho! abandonado
en el medio del desierto...
hoy ya no forma concierto
y es un jirón olvidado;
antes fué el hogar sagrado
de los gauchos argentinos,
que marcharon peregrinos
a vivir en la extensión...
porque a los de otra nación
le han abierto los caminos.

Allí tuvo su mansión
el gaucho de nuestra historia
que hoy ha pasado a la gloria
por ser de patria un jirón;
a ti rindo la canción
de mi expresivo lenguaje,
y es que me sobra coraje
para cantar tus hazañas,
altivo león de montañas
que te han llamado salvaje.

¡Oh rancho! en desolación...
de amargura sollozando
van los que fueron cantando
tu más santa tradición;
mas vive en el corazón
de los que son argentinos,
aquellos gestos divinos
que se han de immortalizar,
como un recuerdo, ejemplar
de los humanos destinos.

Andrés PÉREZ (hijo).

Homenaje al mariscal Foch

En el día definitivo de la
Victoria y de la Paz.

¡La Humanidad revive alborozada!
Y al vestir hoy con galas su alborada,
Coloca a Democracia entre vergeles
Y en tu frente corona de laureles!

¡Fué larga y triste Noche!... Los cañones
Sembraban por doquier sangre inocente,
Y el sol de la Justicia era impotente
A ahuyentar tanto crimen y traiciones.
Daba el "boche" terror cual los ladrones,
El "neutro" sonreía mansamente,
Y París contemplaba estoicamente
La Bandera Aliada hecha jirones...

Mas tú llegaste al fin, y en cien batallas,
Con tu genio y tu espada redentora,
Al kaiser y a su Dios sepulcros hallas.
¡Qué hermoso el saludar la nueva aurora!
¡Qué alivio para el mundo dar por cierto
Que el animal por ti ya está bien muerto!!

Bernardino RIDECÓS.

Flores deshojadas

Triste, sin perfume el alma,
Torné de nuevo a los campos
En procura de ilusiones
Que otrora me acompañaron.
Volví a ver el mismo cielo
De horizontes azulados
Las mismas nubes variables
Atravesando el espacio,
Y en las noches majestuosas
Brillar fulgentes los astros,
Soplar la brisa ondulante
Sobre el cristal de los lagos
Y percibí de las flores
Igual fragancia que antaño;
Volví a recorrer las selvas
Y mil sitios solitarios,
Sin que mi alma sola y triste
Huyera de su letargo.
Por eso a cuanto encontraba
Preguntábale de paso:
¿Dónde están las ilusiones
Que otrora me acompañaron?

Teófilo C. CHIESA.

A "Claudio de Alas"

Pasaste por la Vida como un ave cantando
con placidez ingenua tus endechas de amor,
pasaste con tus alas irisadas volando
y te venció la Vida porque eras ruiseñor...

¡Mas como un excelso visionario hilvanando
un salterio de versos de divino primor
¡Oh, si hubieras pasado como el buho, graznando,
no hubiera en ti la Parca saciado su rencor!

Mas, no importa, tú vives para siempre jamás
en la red de tus versos y, en doliente compás,
no faltará una ninfa que cante tu dolor.

Siempre ha de tener flores la cruz de tu infortunio
y en esas noches mágicas de albo plenilunio
no faltará en tu tumba la voz de un ruiseñor!

Miguel MARTOS.

¿Por qué admiro tus ojos?...

Porque con ellos me hablas en un lenguaje extraño
con los dulces acentos de una "flor" de Estambul,
como una voz que dice de leyendas de antaño
bajo pórticos áureos, junto al Príncipe Azul.

Porque tienen tus ojos un poder tan extraño
que han sujeto mi alma a su órbita azul,
porque son sus pupilas, por mi mal y mi daño,
lo que eubre lo arcano con fantástico tul.

Porque son en el templo de mi cansada vida
una lámpara sacra para siempre encendida
en el ara intocada de mi amor inmortal.

Porque tienen sus discos en su fondo escondida,
la dulzura añorada de una fe presentida
en la hoguera divina de su luz auroral.

Manuel E. GARCÍA.

LA OPINION DE LOS MARINOS VIEJOS



El capitán.—¡Cruzar el Atlántico en aeroplano! ¡Para eso no vale la pena tener océano!...

OLIVIER, por Julio Sandeau

(Versión española de Eugenio de Ochoa).

—Así es—dijo Mario interrumpiéndome—que usted no cree en la Providencia. Según su parecer, la fatalidad es quien gobierna y rige al mundo.

—Entendámonos—le dije;—creo en la Providencia general, en la Providencia donde emana desde toda la eternidad la ley que regula todas las cosas. Hay que ser ciego o insensato para negarla; esa, la naturaleza entera la revela y la proclama; pero, lo confieso, no creo que una Providencia particular se moleste a cada instante por nosotros. Dios, que cuida de la conservación de las especies, hace poco caso de los individuos, y, en mi sentir, es una manía tonta el hacerle intervenir por cualquier propósito en nuestras interioridades.

—Vamos a ver—replicó Mario:—¿qué pensaría usted de un monarca que, después de haber promulgado las leyes de su reino viviera, los brazos cruzados, en lo más recóndito de su palacio? Si cuidara del más infimo de sus súbditos, ¿no le parecería a usted mucho mejor? En una noche obscura, en una habitación oscura, Dios ve una hormiga negra y la oye... Esto me parece más conforme a la grandeza del Ser Supremo que los sistemas que lo representan inmóvil e indiferente en su gloria.

—Por lo visto—le pregunté sonriendo, —usted cree en una acción activa de la Providencia en el destino de cada uno de nosotros?

—¿Y por qué no?—me contestó Mario.—Si relega usted a la Divinidad sobre alturas inaccesibles; si no puedo ensalzarla en mi alegría, ni implorarla en mi desgracia; si, en un caso desesperado, no debo esperar nada de ella, ni siquiera la hierbecita que la paloma echa a la hormiga que se ahoga, ¿qué me importa a mí su Dios de usted? Caña inteligente y reflexiva, necesito un apoyo; necesito un Dios que me preste ayuda. Creo, como usted, en las leyes inmutables de la Creación; no pretendo que la Providencia se digne cambiar por nosotros la economía del mundo, que se manifieste a cada paso, ni que se deba a tontas y a locas invocar su intervención, como lo hacen las porteras a propósito de su gato o de su canario; pero entiendo que existen circunstancias en que no se puede, sin tacharnos de ingratitude, por menos de reconocerla y proclamarla. Todo hombre tiene en su vida una página al pie de la cual el nombre de Dios se halla escrito con signos impercederos. Mire usted—añadió, deteniéndose en medio de una calle del jardín por donde caminábamos antes,—en vez de discutir, como lo estamos haciendo hace dos horas, acerca de cuestiones envueltas en tinieblas y llenas de incertidumbre cuando no se penetra en ellas con la antorcha de la fe, ¿quiere usted que le refiera una historia?

Nos sentamos sobre el musgo que tapizaba el pie de una encina, y Mario habló en los siguientes términos, después de haberse recogido unos instantes:

I
El conde Gastón de Valgrand es amigo mío; nuestra amistad, tan antigua como nosotros, no ha envejecido ni un día. Hemos nacido casi al mismo tiempo; nos hemos educado juntos. Nuestras casas están situadas a poca distancia la una de la otra; desde aquí puede usted ver los torreones de su palacio y la arboleda del parque. Si, como lo deseo, pasa usted algunos días en mi compañía, tendrá usted ocasión de conocerlo. Si lo hubiese usted conocido hace ahora diez años, habría usted comprendido que la felicidad se encuentra a veces en este mundo. Joven y simpático, se había casado con la señorita de C..., que era a su vez joven y hermosa. Esta unión daba un mentis formal al moralista que pretende que no hay enlaces proporcionados. Vivían en su posesión, hacían bien a los campesinos, y no parecían acordarse que hay bajo la capa de los cielos otros goces que los que ellos disfrutaban bajo la sombra de sus árboles. Hubiérase dicho que habían sido creados el uno para el otro... Es esta una frase completamente vulgar, pero que explica en un todo la conformidad de sus gustos, la armonía de sus sentimientos. Hay quien asegura que el encanto de la intimidad nace del contraste de los caracteres; no lo creo, a no ser que el en-

canto de la intimidad consista en engañar desde por la mañana hasta la noche. Aun cuando siempre eran del mismo parecer, su existencia era dichosa y llena de alegrías. Sin embargo, existía un punto bastante grave, sobre el cual no estaban conformes. Gastón era, en filosofía, de la escuela de los indiferentes. Como usted, negaba la Providencia, y se burlaba, a menudo, de las personas que tienen la debilidad de creer en ella. Le parecía que Dios había hecho suficientemente por nosotros al crear el orden admirable que se ve en el universo, y que en toda ocasión el hombre sólo debe contar consigo nada más. Su esposa era tan devota como bella. Una filosofía tan contraria con sus creencias y sus instintos debía afligirle más seriamente que ella misma lo confesaba; pero tenía la esperanza de triunfar a la larga; y, además, las discusiones metafísicas no ocupaban bastante lugar en la vida del joven matrimonio para que la paz y la felicidad de que gozaba fueran profundamente turbadas. No faltaba nada a su felicidad. Diez y ocho meses después de su matrimonio les había nacido un angelito. No diré a usted su alegría; era preciso verlos, inclinados sobre la cuna, en que el niño empezaba a balbucir.

Una noche de otoño estaba sentado cerca de la señora de Valgrand, sobre la terraza de su castillo. A pocos pasos de donde estábamos, sobre el césped, Gastón jugaba con su hijo. El pequeño Olivier tenía tres años cumplidos; era un niño hermoso, como una flor abierta, y que prometía parecerse en todo a su padre. Este parecido, ya muy pronunciado, exhalaba a la vez en la joven condesa el amor de la madre y la ternura de la esposa. Sonriente y recogida, contemplaba en silencio el cuadro que tenía ante la vista. De repente la serenidad de su frente se veló, y vi una lágrima que brillaba en el borde de su párpado.

—¡Llora usted!—exclamé, tomándole la mano.—¿Qué tiene usted?

—Soy demasiado feliz—dijo ella;—hay instantes en que mi felicidad me abruma y me espanta. Si es cierto, como se afirma, que no hay felicidad duradera en este mundo, y que todo se paga o se expía, ¿qué sufrimientos me están reservados?

Traté de animarla; me puse a enumerar con fruición todo lo que le debía dar confianza: su hijo gozando de buena salud, su esposo casi tan joven como ella, su fortuna sólidamente sentada.

—¿Qué puede usted temer?—añadí;—el trueno no estalla en un cielo sin nubes.

—Sin duda alguna, estoy loca—replicó con aire distraído;—pero, ¿qué quiere usted?, no lo puedo remediar; hay momentos en que tengo miedo.

Estaba aquella noche, contra su costumbre, inquieta, nerviosa, agitada. Se puso en pie, corrió hacia su hijo y lo abrazó varias veces repetidamente, diciéndole con voz ardiente:

—¿No estás enfermo? ¿No te duele nada?

El niño estaba lozano y fresco como un ramillete de flores cortadas en el rocío de mayo. El tiempo amenazaba; fuertes relámpagos surcaban por el horizonte. Atribuí ese estado de excitación a la influencia de la atmósfera, y no me preocupé en manera alguna. Recordé a Gastón que debíamos ir de caza al día siguiente con algunos de nuestros amigos comunes, y la joven esposa se puso pálida y le suplicó que no fuese. No era la primera vez que lo hacía. Siempre las armas de fuego le habían inspirado un instintivo horror; siempre que su marido salía de caza sentía su corazón comprimirse. Esta vez insistió más que nunca. Naturaleza rica, organización delicada, temblaba bajo el pensamiento de una desgracia irreparable. Después de haber tomado a risa al principio sus aprensiones, Gastón cedió de buena gana, y, para tranquilizarla por completo, prometió generosamente que no volvería a cazar, ya más en la vida. Lo abrazó cariñoso, le dio las gracias con efusión y estuvo alegre durante el resto de la velada.

II

Efectivamente, al día siguiente Gastón faltaba a la cita. La caza fué feliz

Pidan la deliciosa cerveza QUILMES CRISTAL

y terminó sin accidentes. Habíamos convenido que al regresar comeríamos en mi casa. En el momento de sentarnos a la mesa vimos entrar a Valgrand, que venía a comer con nosotros, acompañado de su hijito, al que tenía cogido de la mano. Estaba todavía en el embeleso de la paternidad, y se complacía en llevarlo a todas partes consigo. Olivier fué acogido con todos los honores debidos a su edad, a su gracia y a su hermosura verdaderamente asombrosa. A la gracia, a la alegría de las razas aristocráticas, unía la fuerza y la espontaneidad de los niños sanos y robustos que se desarrollan en plena naturaleza. Todos se complacían en mirarle y festejarle, se disputaban sus caricias y sus besos. La joven condesa lo había ataviado con esa coquetería suyo secreto sólo pertenece a las madres. Todavía me parece ver sus cabellos rubios, sus pantorillas al aire, su cuello de cisne, y sus hermosos ojos, esculpidos en el azul celeste de un cielo de primavera. Parecía desprendido de un cromó inglés, o, mejor todavía, de un cuadro de Hamón. Se sentó en medio de nosotros y fué la alegría del festín.

Concluida la comida, nos habíamos instalado en la terraza, desde donde nos entreteníamos en tirar a las golondrinas que volaban en el aire azul de la noche. Olivier, cual un valiente, aplaudía a cada disparo y se precipitaba en seguida para coger el pájaro que nunca llegaba a caer. Confusos de nuestra chabonada, Gastón, que hasta entonces se había contentado con mirarnos, vino hacia mí y me pidió mi escopeta. Le recordé, riendo, la promesa que había hecho la víspera a su mujer; me contestó que le permitía la caza de alondras.

—¡Papá va a tirar!—exclamó el chiquitín, orgulloso y alegre;—¡papá va a matar todos los pájaros!

Se hizo un silencio profundo. Gastón, con el arma inclinada, el dedo sobre el gatillo, observaba el vuelo de las golondrinas y aguardaba el momento oportuno. Diseminados aquí y allá como tiradores en descanso, esperábamos humildemente la lección que se disponía a darnos. A pocos pasos de distancia de donde estaba, el chiquitín se tenía en pie, inmóvil, pálido de emoción. Las golondrinas, espantadas, habían tomado el partido de alejarse. Por fin se acercó una, que, después de haber trazado graciosas

sinuosidades, se cernió un instante por encima de nosotros, Gastón, que la seguía con la vista, alzó bruscamente su arma: salió el tiro y Olivier cayó al suelo.

Lo que allí ocurrió en el espanto del primer momento, me es imposible explicárselo a usted. Fué una escena de la cual nada puede expresar el horror. El muchachito estaba tendido sobre el césped, el pecho agujereado y cubierto de sangre. Había recibido toda la carga de perdigones en el corazón: el rayo no hubiera sido más repentino ni más terrible. Los cabellos erizados, los ojos secos y saltones, la frente lívida y llena de sudor, Gastón forcejeaba como un animal feroz, en medio de nuestros amigos, que se habían echado sobre él para impedirle que se matase. No era aquello desesperación, era furor y delirio. Yo mismo tenía el vértigo; corría de aquí para allá como un loco; sentía apuntar la locura en mi cerebro. Había cogido entre mis brazos el cuerpo inanimado del pobre inocente, que parecía estar durmiendo, la cabeza inclinada sobre mi pecho; lo llevé a mi cuarto, y lo deposité con cuidado sobre mi cama como si temiera despertarlo. Cuando volví al lado de Gastón, acababa de perder el conocimiento y de caer al suelo. Aprovechamos su desmayo para apartarlo de ese sitio de desolación. Se le colocó en el carruaje del señor B..., que se lo llevó a su casa, situada a pocas leguas de distancia de la mía. Había encargado a mis amigos que velasen al desgraciado; una misión más penosa me estaba reservada. Extrañada de no ver volver a su hijo, la madre podía llegar de un momento a otro. Hice un esfuerzo violento, y arrojándome de valor me dirigí al castillo de Valgrand.

Entré por la verja del parque. Al final de la avenida de árboles, frente a esa casa, recogida silenciosa, en donde todo respiraba aún la paz y la felicidad, fué donde me di cuenta de por qué había venido. Me detuve; mis piernas flaqueaban, sentía mi corazón desfallecer en el pecho. La noche estaba hermosa. Un viento suave y fresco agitaba la copa de los árboles. La señora de Valgrand se paseaba tranquila y serena por el jardín. Al pasar por delante de una ventana, echó una mirada hacia el reloj

de la sala, y dirigiéndose a uso de sus criados:

—Germán—le dijo,—el señor conde se retrasa. Se hace tarde; vaya usted a buscar al niño; tengo miedo que coja algún mal.

En ese momento hubiera deseado que la tierra se abriera bajo mis pies, o que el cielo se derrumbara sobre mi cabeza. Tuve el pensamiento de huir, de huir hasta el fin del mundo. Al volverse, la señora de Valgrand me vió, y vino a mi encuentro con la sonrisa en los labios. No había notado mi turbación, y creía sin duda que Olivier y Gastón me seguían de cerca. Me fui derecho a ella, y le cogí la mano. Permanecí callado. Me miró, se estremeció y se puso blanca como un sudario.

—¿Mi marido?... ¿Mi hijo?—preguntó.

—Señora—le contesté al fin,—tenía usted razón ayer. Toda felicidad se paga o se expia. Era usted la más feliz de las mujeres... Ahora es usted la más desgraciada.

—¿Mi marido?... ¿Mi hijo?...

—Su marido de usted vive—le dije.

—¿Mi hijo ha muerto!

No contesté nada.

Profirió un grito y, cogiéndome del brazo:

—No es verdad... Usted me engaña; miente usted... No es posible, se ha herido estando jugando, nada más... pero no ha muerto... Miente usted.

Lloraba en silencio; no pude contenerme, y estallé en sollozos.

—¿Pero es verdad? ¿Es verdad!—exclamó golpeándose el pecho y el rostro.

—¿Mi hijo ha muerto! ¿Me han matado a mi hijo!... Vamos—añadió con resolución,—lléveme usted donde está... Quiero verlo.

Esto es lo que yo me temía. Traté de detenerla, pero me arrastraba con fuerza sobrenatural.

—Quiero ver a mi hijo... Nadie me impedirá que vea a mi hijo!—decía con voz ardiente, desolada.

—Señora—le dije con autoridad,—su puesto de usted en este momento está al lado de su marido; debe usted ir a verlo ante todo. Cuando dejé a Gastón estaba ya muy enfermo. Si no tiene usted suficiente valor, se morirá. Usted sola en el mundo es quien puede salvarlo. Si quiere usted que viva, dese usted prisa. No tiene usted un momento que perder.

Como lo había previsto, se apoderó de este nuevo incentivo ofrecido a su desesperación.

—Sí—dijo ella;—tiene usted razón... Pero, Dios mío, ¿qué es lo que ha ocurrido?

Y sin preocuparse de saber por qué Gastón no se hallaba al lado de su hijo, continuaba arrastrándose hacia la salida del parque. Al cabo de pocos pasos se desmayó, la llevé a mi carruaje que había dejado en la puerta. Eran cerca de las doce de la noche cuando llegamos al castillo del señor B... La señora de Valgrand sólo conocía una parte de la verdad; creía que su hijo se había matado al caer de lo alto de la terraza. Durante el triste trayecto había exaltado su ánimo hablándole de su esposo.

—Es usted devota—le decía;—tiene usted más valor que él. Tiene usted a Dios para sostenerla; él, desgraciado, sólo tiene a usted.

Tenía la convicción de que esos dos desgraciados no podían ser salvados sino el uno por el otro; esperaba que su desolación se tornaría en una piedad recíproca, en un mutuo enternecimiento. Estaba engañado. Apenas llegado, me precipité en la habitación, cuyas ventanas brillaban en la oscuridad de la noche. Quería preparar a Gastón para que sufriendo la presencia de su mujer. Abrí la puerta y entré. La señora de Valgrand, que había dejado en mi carruaje, me había seguido sin saberlo yo: entró casi al mismo tiempo. Gastón estaba sentado sobre un diván, la mirada apagada, la boca completamente abierta, en la actitud del embrutecido o de la locura. Se puso en pie bruscamente, miró a su mujer, dió dos pasos hacia atrás, profirió un grito espantoso y cayó exánime sobre el pavimento. Pocas horas después, el salir el sol, el carruaje que nos había traído conducía al castillo de Valgrand a Gastón desvanecido, y el cuerpo del niño, que la madre, medio loca, metía sobre sus rodillas.

III

¡Qué cuadro tan horroroso, amigo mío! Y, sin embargo, no he terminado. Gastón volvió en sí, pero no su razón. ¡Locura furiosa, que la presencia de su esposa exasperaba en vez de calmar; lo-

cura tanto más espantosa, cuanto que no ahogaba en él la conciencia de la realidad, y la memoria sobrevivía al naufragio de la inteligencia! Se figuraba que después de haber matado a su hijo, había sido sentenciado a muerte, que se había fugado en el momento de llevarlo al cadalso, y que su mujer le andaba buscando para entregarle a la justicia. Bastante pacífico cuando se hallaba a solas conmigo, profirió gritos desgarradores en cuanto notaba su presencia. En vano se acercaba, desconsolada y suplicante; en vano trataba de tranquilizarlo con dulces palabras: presa del mayor terror, se escondía detrás de los muebles, o, zafándose de los brazos que le querían detener, pálido y tembloroso, se subía a los desvanes del castillo a refugiarse, y me costaba Dios y su ayuda traerlo a su cuarto. Al principio creí que sería un delirio pasajero; pero lejos de ceder, la fiebre del cerebro redoblaban. Únicamente me dejaba acercar a mi;

alcoba, se ponía de rodillas en su cabeza, y, mientras dormía, le hablaba en voz baja. De este modo dejaba correr en el silencio de la noche los tesoros de amor y de dolor de los cuales tenía el alma llena. Le parecía que, al despertar Gastón, habiendo recobrado la razón, la estrecharía entre sus brazos enternecido y floraría con ella. ¡Vana esperanza! La locura se apoderaba de nuevo de él al despertar, y la desgraciada, obligada a alejarse, desaparecía como una sombra dolorosa.

Era necesario tomar una resolución. Había llamado al doctor Foure, de Nantes. Usted le conoce, y sabe que las más preciadas cualidades de la inteligencia y del corazón se unen, en ese apacible anciano, a la ciencia más experimentada. No solamente es perito en las enfermedades del cuerpo; es además médico de las almas, y conozco más de una que le debe la salud. La señora de Valgrand tenía en él una confianza absoluta, y cier-

SE NECESITA UN CONTAGIO



—Hay fiebres que se curan con coñac...
—¿Oh, sí? ¿qué es lo que hay que hacer para enfermarse?

mi presencia era la sola que no despertaba en él desconfianza. La señora de Valgrand había tenido que resignarse a no parecer nunca delante de él. La desgraciada lo había perdido todo en un solo día: había perdido a la vez a su marido y a su hijo. Suprimáse el Dios de los afligidos; quítese a esa infortunada el Dios omnipotente que enjuga nuestras lágrimas: vamos a ver, ¿qué hubiera sido de ella?

En este caso he visto lo que pueden la fe y la resignación cristiana. En las grandes crisis de la vida, la filosofía no es de ninguna ayuda; sólo la religión nos enseña a sufrir. ¿Para qué sirven además la fuerza y el valor que no nos vienen del cielo? Una cuestión de temperamento; la encina resiste, y el arbusto cae. La señora de Valgrand se sometió y rezó sobre las ruinas de su felicidad. En lo más hondo de su desesperación, no se le escapó una queja a la Providencia; conservó siempre la actitud de una santa, de una mártir. Sabía que Olivier no se había matado al caer, como se le había contado. Lo sabía todo, lo había adivinado. Encerró ese horrible secreto en su corazón, y jamás se trató de esto entre nosotros; solamente al sentimiento de admirable conmiseración que experimentaba por su esposo, al aumento de su ternura, a la manera angélica de humillarse, por decirlo así, ante la desgracia del pobre insensato, comprendía yo que lo sabía todo. Cuando Gastón, abatido por el cansancio, sucumbía al fin del sueño, entraba de puntillas a su

tamente la merecía. Después de algunos días de detenido examen y reflexión me llamé aparte y me dije:

—No oreo que el cerebro de ese desgraciado pueda nunca restablecerse del golpe que ha recibido. Sería necesario un milagro; la ciencia no los hace. La locura que se apoya en la razón es casi siempre incurable. Es como el error que se desprende de una verdad; la conclusión, por muy absurda que sea, si las premisas son exactas, la protegen y le forman como una fortaleza inexpugnable. Sin embargo, debemos hacer cuanto podamos para su curación, aún cuando lo creo imposible. El Conde de Valgrand no puede permanecer aquí. La presencia de su esposa, la vista de los lugares durante largo tiempo testigos de la felicidad, entretienen su exaltación, la irritan y la exasperan. Que se vaya, que viaje. En cuanto se sienta lejos de las persecuciones que cree padecer, su delirio se calmará. Respondo que, cuando haya salido de Francia, su locura, furiosa hasta hoy, cobrará un carácter pacífico, con la condición de que no se le contrarie en nada. Por lo demás, dejemos obrar al tiempo; es el remedio que aconsejamos cuando no tenemos otro.

Tal era el parecer del doctor; era también el mío. Consulté sobre el caso con la señora de Valgrand, que no trató de disuadirme.

Pero dijo Morando:
—Puesto que huye de mí, no puedo partir con él... ¿Quién le va a acompañar?

—Yo, señora—le contesté.
Al día siguiente, en una noche sin luna y sin estrellas, un carruaje aguardaba en la puerta del parque. Me llevé a Gastón; me había costado poco trabajo decidirle a seguirme. Había hecho como que tomaba todas las precauciones necesarias para asegurar una evasión. La noche estaba obscura; los criados dormían; su mujer no sospechaba nada. Salimos de la casa casi de puntillas. Al llegar a la verja, montó precipitadamente en el coche. Iba yo a hacerlo también, cuando reconocí en la sombra a la señora de Valgrand. Me cogió la mano, y, sin poderlo remediar, imprimió en ella sus labios. Un instante después los caballos partían al galope.

IV

¡Qué viaje, amigo mío! Le es a usted imposible figurárselo. Habíamos tomado el camino de Italia. Así como me lo había anunciado el doctor, al atravesar la frontera la locura de Gastón se había vuelto más tranquila y más sociable. Sólo había, a decir la verdad, un punto de su cerebro que estuviera atacado: todo lo demás estaba sano y claro. Había sobre todas las cosas con su buen sentido ordinario; pero bastaba con pronunciar el nombre de su esposa para desequilibrar al momento su razón. Ibamos de pueblo en pueblo, yo tratando de distraerlo, él arrastrando por todas partes la desolación de su alma: pues si a veces su demencia parecía adormecerse, su memoria, más implacable, no le dejaba cuartel ni descanso. Así es que de cualquier lado que mirase, el desgraciado sólo conseguía cambiar de tormento. Entre tanto, yo cumplía religiosamente la promesa que había hecho, al partir, a la Condesa y al doctor. Les escribía, les ponía al corriente de cuanto ocurría. Por su parte, me contestaban con puntualidad. Dos meses después de nuestra marcha recibí en Génova una carta de la señora de Valgrand. ¿Querá usted creerlo? La carta terminaba con un grito de esperanza. Fue para mí lo que es para el naufrago a punto de sumergirse la vela inesperada que ve blanquear en el horizonte. El doctor había añadido algunas líneas que confirmaban la grata nueva, y me prohibían participársela a Gastón. Algunos meses después recibía en Florencia dos cartas por el mismo correo, una de la Condesa y otra del doctor. La primera era un himno de acción de gracias; la lei de rodillas y la mojé con mis lágrimas. La segunda contenía mis instrucciones para el porvenir.

—No hay que desesperar, todo puede arreglarse—añadía el anciano, después de indicarme el fin que teníamos que alcanzar;—solamente no olvide usted que Valgrand debe ignorarlo todo, y que el éxito de la campaña depende de su silencio. Mente, años transcurrieron sin aportar ningún cambio en el estado de nuestro pobre amigo. Habíamos recorrido casi toda Europa, habíamos visitado el Oriente; su locura lo había seguido por todas partes. Hasta el pie del Monte Olimpo, hasta las orillas del Mar Muerto, en todas partes había visto agentes secretos de su mujer. Apenas nos hallábamos instalados en un sitio, teníamos que abandonarlo.

—Pero, le preguntaba yo alguna vez, ¿cómo te explicas tú que tu mujer, una criatura tan dulce, tan tierna, tan afectuosa, desee tu muerte y te persiga con tal encarnizamiento?

—¿Cómo me lo explico!—exclamaba;—¡pero estás loco, Mario! ¿Una madre perdona acaso al asesino de su hijo? ¿No he matado yo a su hijo?

Y entonces se ponía colérico, profecía palabras llenas de blasfemia contra Dios y la Providencia mientras se hallaba en tal estado.

Mentiría, quisiera parecer mejor de lo que soy realmente si le dijese a usted, amigo mío, que nunca sentí desfallecimiento bajo el peso de la misión que me había impuesto; más de una vez oí no poder ya más. La abnegación que consistía en asistir a los leprosos, parece dulce y fácil cuando se ha vivido en la intimidad con un loco. Había momentos en que me interrogaba con ansiedad, en que me preguntaba a mí mismo si no estaba yo trastornado, como lo afirmaba Gastón. Hoy día aun no estoy muy convencido que la locura no sea a la larga una enfermedad contagiosa.

Las cartas que me llegaban de la patria sostenían mis fuerzas, avivaban mi ánimo. Las del buen doctor respiraban la confianza. Aun cuando siempre veladas por el dolor, las de la joven Condesa eran como esos ciclos tempestuosos en que el sol brilla al través de las nu-

bes; la sonrisa se mezcló con las lágrimas e inocentes alegrías se abrieron paso entre la tristeza del pesar. Tres años habían transcurrido desde nuestra partida; un año más, y llegaríamos a la última prueba; un año más, y tal vez Gastón estaría salvado.

Menos agitado que los anteriores, este último año no debía ser menos penoso. Habíamos concluido por instalarnos en una pequeña aldea de Alemania. Desde hacía algún tiempo, Gastón había caído en un estado de postración menos molesto, pero más alarmante que los furiosos de la demencia. Permanecía días, semanas enteras sin pronunciar una palabra. Si trataba de distraerlo, me miraba con los ojos apagados y me sonreía con cara de estúpido. A todo cuanto le decía me contestaba invariablemente: "¡Olivier ha muerto; yo he sido quien lo ha matado!" El nombre de su mujer le hacía estremecer todavía; pero obrando la locura sólo sobre sus facultades gastadas, volvía a recaer casi en seguida en su desesperante inmovilidad. Indiferente a todo, ignoraba dónde lo había traído y no se preocupaba de saberlo; todas partes le parecían buenas con tal de no estar en Francia. Temeroso, y con razón, había escrito al doctor para suplicarle que abreviase un martirio tan largo; el doctor, inexorable, me había contestado: "Tenga usted paciencia."

V

Por fin se acercaba el día fatal: Hacía cuatro años que habíamos salido de Francia. Una noche anuncié bruscamente a Gastón que nos íbamos a marchar.

—¿Para qué marcharnos?—me dijo;— estamos bien aquí, quedémonos.

—No hay que titubear—le repliqué.— Han sabido nuestro retiro una vez más; he visto vagar por la aldea hombres con cara sospechosa. Va en ello tu vida.

¡Cosa rara! El desgraciado tenía apego a la vida. Dios deja a la locura inclusivo el instinto de la conservación. Se puso en pie y me siguió.

—¿A dónde vamos?—me preguntó, una vez instalados en el carruaje.

—A Rusia—le contesté muy serio. Dió un profundo suspiro, apoyó su cabeza contra el respaldo y se dejó caer en la especie de letargo de la cual le había apartado por un instante.

El carruaje, que nos conducía al galope de sus caballos, corrió sin detenerse durante tres días y tres noches. Había hecho poner viveres en el coche para no tener que bajarnos en las posadas. Marchábamos como el rayo. Mientras duró el trayecto, Gastón no me hizo pregunta alguna, ni dirigió una sola mirada hacia los paisajes que recorrimos. Una sola vez abrió la boca para decirme titubando:

—Tengo frío... ¿Llegaremos pronto? Y se envolvió en su manta.

Durante el transcurso de la cuarta noche, con un tiempo obscuro, el carruaje se paró delante de una casa en que no se veía ninguna luz. Ayudé a Gastón para apearse, y le hice entrar a tientas. Al abrir la puerta de una habitación oscura:

—¿Dónde estamos?—me dijo.

—En una aldea, cerca de Moscov.

Y como se extrañaba de la completa obscuridad que reinaba en toda la casa, le contesté que tal vez nos habían seguido y que tenía que levantar sospechas. Satisfecho de mis explicaciones, muerto de cansancio, se acostó sin luz y se durmió profundamente.

VI

Era muy entrado el día cuando Gastón se despertó. Un alegre sol de otoño entraba de lleno en su alcoba. La brisa, impregnada del perfume de los bosques, se deslizaba por la ventana entreabierta y traía hasta su cama emanaciones embalsamadas que lo penetraban sin darse cuenta de ello, y de las cuales sentía, sin tratar de analizarlo, la dulce y misteriosa influencia. Fascinado por el brillo intenso de la luz, había cerrado los ojos casi en seguida; y durante algunos instantes quedó sumergido en ese estado que no es ni la vigilia ni el sueño, mecido por los mil rumores que percibía anteño al despertar. Era el canto de los pastores, el arrullo de las palomas, el ruido lejano de la presa, la picotera del molino, y más próximos alegres gritos infantiles que, como cohetes, se elevaban en el aire sonoro y fresco de la mañana. Estos ruidos, estas melodías agrestes, le hacían recordar de manera confusa los días felices de su juventud. Murmuró con voz apagada el nombre de su hijo y de su mujer; una lágrima hinchó

su párpado y mojó sus pestañas. Sin embargo, los pensamientos tormentosos, por un momento adormecidos, empezaban a rugir en su pecho. Se incorporó bruscamente en el lecho y, con extrañeza, se puso a mirar la habitación en que se hallaba. Estaba en su casa, bajo el techo paternal, bajo el techo que había albergado su felicidad largo tiempo. Reconocía uno por uno todos los objetos que le rodeaban; sus libros, sus cuadros, sus muebles, sus tapices y todas las fútiles encantadoras que dan vida a los lugares en que habitamos. Se cogió la frente con las manos como un hombre que se pregunta si no es objeto de una alucinación o de una pesadilla. Al volver la cabeza, vió de pie, a la cabecera, a su mujer y al doctor, que le observaban ambos sonriendo.

—¿Qué tal, mi querido Conde?—dijo alegremente el anciano;— me parece que no se encuentra usted mal. Ya estamos fuera de cuidado; pero se ha librado usted de buena. Podemos alabarnos, como Teseo, de haber visto las oscuras orillas.

—¡Ah!—exclamó la señora de Valgrand.—¡Usted es, doctor, quien lo ha salvado!

—¡Yo, señora!... El señor Conde se ha salvado a sí mismo. No ha querido dejarse morir como un necio, y, cuando considero todos los motivos que tiene para hallar sabrosa la vida, estimo que el señor Conde ha tenido razón.

—¡Querido Gastón!—exclamó la señora de Valgrand, con el acento de una ternura apasionada.—¿Sabe usted, amigo mío, que hemos estado inquietos? ¿Sabe usted que en su delirio no conocía ya a su esposa? Ahora, sí, me reconoces, ¿no es verdad? ¿Ya no te produzco miedo? ¡Yo, que tanto te quiero, resucito contigo!

—¡Vamos a ver qué dice ese pulso!—añadió el doctor cogiendo la mano de Gastón.

—¿Qué dice, doctor?—preguntó la joven Condesa.

—El pulso me dice, que antes de ocho días el señor Conde estará completamente bien, y que, mientras tanto, tomaría de buena gana un caldo, servido por su blanca mano de usted.

En ese momento entró Germán. Se acercó a la cama de su amo y le preguntó qué tal había pasado la noche, como si lo hubiera visto la víspera. Gastón miraba uno tras otro a su esposa y al doctor. Creía estar soñando. De repente se estremeció y volvió a incorporarse... había oído una voz infantil que gorjeaba en el jardín. La señora de Valgrand abrió completamente la ventana, y saliendo al balcón dijo estas sencillas palabras:

—Olivier, sube a dar un beso a tu padre.

La puerta se abrió, un hermoso niño entró corriendo en la habitación. Saltó sobre la cama y, rodeando con sus brazos el cuerpo de Gastón le dijo:

—Buenos días, papá...

Era él, era Olivier. El ojo avizor de una madre hubiera podido engañarse. Era Olivier, tal como lo había visto el día fatal en que su padre lo había llevado a mi casa. Eran los mismos ojos azules y claros; la misma boca fresca y sonriente; los mismos cabellos rubios y finos. Tenía cerca de la ceja derecha el mismo signo pardo, y en el nacimiento de la nariz, bajo la transparencia de la piel, la misma vena azulada, idéntica a la mitad de un anillo de lápiz. Inmóvil, loco de amor, sin voz, Gastón lo devoraba con los ojos y pasaba sobre él sus manos ávidas y temblorosas. Por último, con movimiento brusco, abrió la blusa del niño, y al ver blanco y liso, como una hoja de marfil, su pecho, sobre el cual buscaba en vano la huella de la herida que había creído mortal, lleno de estupor, demasiado débil para resistir emociones tan violentas, cayó

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Doctor ZAMBRINI

Profesor suplente de la facultad de medicina

Jefe de clínica del servicio de nariz, garganta y oídos del Hospital San Roque

531 - TUCUMAN - 531

2 a 4 p. m.

Dr. Apolo M. Ratto

SEÑORAS Y PARTOS

Cabildo, 2961

Unión Telefónica, Belgrano 1169

CONSULTAS DE 1 A 3 P. M.

Dr. J. M. Blanco Spangenberg

Del hospital Alvear

Venéreo - sifilíticas

De 3 a 6 p. m.

D. T. 4625, Lab. RIVADAVIA 1432

DENTISTAS

J. BONANSEA

Cirujano dentista de las

Facultades de Bolonia y Buenos Aires, Moreno 990.

U. T. 3699 (Libertad).

desmayado con el pequeño entre sus brazos.

VII

Cuando recobró sus sentidos, la señora de Valgrand y el doctor estaban sentados a su cabecera; Olivier jugaba a los pies de la cama.

—¡Oh, amigos míos!—dijo por fin;— ¿qué ha ocurrido?

—¿Lo que ha ocurrido, mi querido Conde?—contestó el anciano doctor.— Ha estado usted muy enfermo. Ha tenido usted lo que nosotros, profesores de la Facultad, llamamos una meningitis, ni más ni menos, querido mío. ¿Qué ocurre? Ya lo vé usted. Con la salud ha recobrado usted la razón, y con la razón la felicidad. Aquí tiene usted todo explicado.

—Papá está curado, papá no está ya enfermo... ¡estoy muy contento yo!—dijo Olivier, que estaba hojeando un libro de estampas que Gastón recordaba haber traído a su hijo de Nantes.

—¿Una meningitis!...—murmuró Gastón como hablándose a sí mismo.—Pero, doctor, ¿he estado loco?—añadió, dirigiendo al anciano una mirada inquieta.

—Sí, mi querido Conde; sea dicho entre nosotros, no tenía usted la cabeza en muy buen estado. Durante seis semanas ha divagado usted más de lo natural; sin abandonar el lecho, ha caminado usted mucho, en compañía de su buen amigo Mario.

—¿Seis semanas!—exclamó Gastón.— Me parece que han transcurrido siglos desde el día...

—Desde el día en que caíste enfermo—dijo la joven Condesa, concluyendo la frase que había empezado.

—¡Oh, amigo mío, estas seis semanas han sido para nosotros también siglos de angustias y de sufrimientos!

—¿Seis semanas!—repitió Gastón.

—¡Mes y medio de fiebre y de delirio!... ¡Señor Conde, creo que estará usted satisfecho!—dijo el doctor riendo.

—Pero ¿cómo ha ocurrido todo esto?—preguntó Gastón con curiosidad dudosa.

—Te lo voy a recordar, amigo mío—le contestó la Condesa, que estaba ocupada en un trabajo de bordado interrumpido hacía cuatro años y empezado cuando Gastón estaba presente.—Habías ido a comer con Olivier a casa de nuestro vecino antiguo Mario. El tiempo amenazaba tempestad hacia algunos días;

tu cabeza sufría ya. Después de la comida, que, según me han asegurado, fue muy alegre...

—Demasiado alegre—dijo el doctor como haciendo una reflexión.

—Os sentasteis sobre la terraza, y tus amigos se entretenían (¡cuél entretenimiento!) en tirar a los inocentes pajaritos. Mario me ha asegurado que tenías ya la sangre a la cabeza.

—El señor Conde—añadió el doctor—había bebido, en los postres, demasiado vino de Vouvray.

—A pesar de la promesa que me habías hecho la víspera, cogiste una escopeta... la escopeta de Mario...

—¡Sí, sí, ya recuerdo!...—exclamó Gastón que sentía despertar a la vez su razón y su locura.—Había cogido la escopeta de Mario... Olivier estaba a unos veinte pasos de distancia... Alcé bruscamente el arma... Salí el disparo...

—Y el señor Conde cayó—dijo tranquilamente el doctor;— el señor Conde cayó como herido por un rayo. Esas son las consecuencias de beber demasiado vino de Vouvray en los postres.

—Y de desobedecer a su mujer—añadió la joven Condesa;— amigo mío, Dios te ha castigado.

—¿Y entonces qué ocurrió?—preguntó el Conde enjugándose el sudor que corría por su frente.

—Lo que tenía que ocurrir—contestó el anciano.—Le trajeron a usted en una camilla. ¡Figúrese usted qué agradable sorpresa para esta buena Condesa que le había visto a usted marcharse contento y sano! Dos horas después, estaba sentado, como lo estoy ahora, a su cabecera. Si he de ser a usted franco, creí que no tenía usted remedio. ¿No sabe usted, amigo mío, lo que es el vino de Vouvray? Es meningitis embotellada.

Al día siguiente tenía usted una fiebre ardiente y el más famoso delirio que haya hecho jamás desatinar el cerebro de un cumplido caballero. ¡Vaya una imaginación, santo Dios! ¿Qué galope desbocado por los campos de la fantasía! ¿Se acuerda usted de los sueños que ha tenido?

—¡Oh, sueños espantosos, doctor!—gritó Gastón tapándose la cara con las manos.

—Sí, hijo mío—dijo el doctor,—sí, sueños espantosos... Pero mire usted a este mocetón—añadió cogiendo a Olivier;— ¿tiene acaso la cara del que ha recibido una perdigonada en el pecho?

FRAY MOCHO

SE PUBLICA
LOS MARTES

Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre \$ oro 2.00	Trimestre . . . \$ 3.00
Semestre 5.00		Semestre 6.00
Año 9.00	Semestre 4.00	Año 11.00
N.º suelto . . . 20 cts.		N.º suelto . . . 25 cts.
N.º atrasado . 40 ..	Año 8.00	N.º atrasado . 50 ..

Dirección y Administración: P. COLÓN, 1266.—U. T. 184. Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, colaboradores y agentes viajeros, están acreditados de una credencial de esta revista.

Don Baltasar de Arandia

por CARLOS CORREA LUNA

Acaba de aparecer la 2.^a edición de esta amenísima e importante obra histórica premiada por el gobierno nacional.

PRECIO 2 \$ en todas las librerías

De su interés dan cuenta los capítulos que contienen: Preparativos de la aclamación de Carlos III en Buenos Aires.—Las fiestas.—Ceballos y Bucarelli.—El gobierno de Vértiz, Arandia en Potosí.—Los Escaladas.—La ilusión de la libertad comercial.—La noticia en el alto Perú.—El nombramiento.—Los corregidores y el repartimiento.—El crimen de García Prado.—Los embrollos de la Audiencia de Charcas. Don Baltasar en tierra de Chichas.—El señor corregidor. La increíble audacia de don Salvador Patzi y Perearnau.—Una terrible jornada.—Un almacén alto peruano en 1778.—La fuga de don Vicente de la Cueva y Saldaña. El siniestro humorismo de Patzi y Perearnau.—Un corregidor como no se había visto nunca. El modelo gubernativo de don Baltasar.—Los sucesos de Tarija.—La vuelta de García Prado.—La "venganza" de don Baltasar.—La última sorpresa.—Nota final.

¿Y esta buena y encantadora esposa le parece a usted que le va a denunciar a la justicia?

El rostro de Gastón se había iluminado como por encanto. Los fantasmas que lo perseguían hacia cuatro años acababan de desvanecerse, llevándose consigo el espectro sangriento de la realidad. Abrió sus brazos a su mujer, y a su hijo, y estrechándolos contra su corazón, los inundó de besos.

En eso llegó yo. Acababa de afeitarme, pues parecía con la barba de viaje un bandido italiano. La navaja del barbero me había quitado cuatro años. Estaba vestido con el mismo traje que tenía el día en que Gastón comió en mi casa. Al verme tuvo un momento de turbación y de duda. Hice como que no lo notaba; le di la enhorabuena por su curación, y me burlé de los viajes que habíamos hecho juntos a poca costa.

Conde necesita descansar. Háganme ustedes el favor de marcharse y dejar a mi enfermo tranquilo.

Al decirnos estas palabras nos empujó hacia la puerta.

—¡Salvado! ¡está salvado!

Y nos abrazamos llorando.

—Mamá—preguntó el pequeño, que tiraba a la Condesa del vestido,—¿he dicho todo como me lo habías encargado?

—¡Sí, querido tesoro perdido y hallado de nuevo; sí, ángel querido que el cielo me ha devuelto!—exclamó la señora de Valgrand cogiéndolo en brazos.

VIII

Gastón estaba salvado. Al cabo de un mes escaso había recobrado las costumbres de su vida feliz. Todo el mundo en torno suyo, amigos, criados, extraños,

Sin embargo, a medida que iba recordando las fuerzas y la salud de la juventud, una sorda inquietud rugía en el fondo de su pecho. Ya el vago sentimiento de la realidad que nos persigue aun en los sueños empezaba a deslizarse bajo la ilusión que lo mecía. A pesar de nuestros desvelos, repentinas claridades iluminaban el abismo en que se habían sumergido cuatro años de espanto y de desesperación: inclinado sobre el abismo, echaba una mirada espantada, y se preguntaba si eran, efectivamente, la fiebre y el delirio quienes habían forjado todos los monstruos que lo habitaban.

Desde hacía algunas semanas manifestaba el deseo de venirme a ver. Habíamos inventado veinte pretextos para disuadirlo. Una mañana salió solo y se encaminó hacia mi quinta. Al llegar a la terraza se paró en el sitio fatal y se quedó inmóvil.

A partir de ese día, su carácter, tan apacible antes y tan igual, se volvió taciturno y casi salvaje. Tenía momentos de profunda melancolía, que nada podía distraer, en los cuales la presencia de Olivier lo irritaba. A veces se le sorprendía observándolo con mirada rebelosa. A veces también lo contemplaba con alegría; pero en esa alegría misma, para los que eran testigos de ella, había un lado doloroso, casi tan penoso como la misma locura. Temíamos su clarividencia, y su ceguera nos consternaba. Comprendíamos perfectamente que su curación no se completaría hasta que hubiese afrontado, sin desfallecimiento, el siniestro destello de la verdad; pero, ¿qué mano se atrevería a arrancar la venda que le cubría los ojos?

Había notado, al fin y al postre, que su mujer salía todas las noches, a veces sola, pero en general con Olivier, sin decir jamás adonde iba.

Una noche Gastón, sin prevenirla, se puso a seguirlos. Después de una hora de marcha por el costado de la colina, los perdió de vista en el recodo de un sendero. Al llegar a este sitio los buscó en vano con los ojos, y decidido a esperarlos, se sentó sobre un poyo de piedra tapizado de musgo y de hiedra. Al cabo de cierto tiempo notó que se hallaba a la entrada del cementerio de la aldea. Entró en el recinto, y caminando con paso lento se puso a mirar una por una las tumbas rústicas, casi todas cubiertas de flores y verdura. Se iba a retirar, cuando descubrió medio oculta por los rosales y madreselvas, una losa de mármol con una cruz de piedra en la parte alta, iluminada por los claros rayos de la luna. Se acercó y leyó esta inscripción:

Olivier de Valgrand

muerto

el 2 de Septiembre de 1840

a la edad de tres años y tres meses.

Ruega por tu padre, querido hijo mío!

IX

Gastón lo comprendió todo.

Cayó de rodillas, y permaneció largo tiempo con la frente en el suelo.

Cuando levantó la cabeza, la señora de Valgrand y su hijo estaban en pie, a su lado, semejantes a dos ángeles de la guarda.

—Dios nos lo ha devuelto, amigo mío—dijo la condesa, empujando a Olivier hacia los brazos de su padre.

—Dios es bueno—contestó Gastón.

Y estrechó a su hijo sobre su seno.

—Hoy día—añadió Mario terminando este sencillo relato,—Gastón crece en la Providencia.

Una biblioteca transportada por una paloma

Durante más de dos mil años se han venido empleando las palomas mensajeras para llevar mensajes cuando el hombre no ha dispuesto de otro sistema más seguro. Cuando el sitio de París, salieron de la ciudad sitiada 360 palomas, una de las cuales realizó la casi increíble hazaña de llevar en un solo viaje nada menos, que 40.000 despachos de veinte palabras cada uno por término medio, es decir, un total de 800.000 palabras, que equivalen al contenido de cinco o seis novelas de dimensiones usuales en la actualidad.

Esta maravilla pudo realizarse gracias a la fotografía microscópica. Los despachos se imprimieron con tipo de letra corriente, y luego se fotografiaron con una reducción de varios centenares de diámetros. Las fotografías se tomaron en películas de colodión, cada una de las cuales media unos cinco centímetros cuadrados, y contenía 50.000 palabras.

Una docena de películas de éstas, enrolladas y metidas en el cañón de una pluma, pesaban poco más de dos gramos. Los despachos se podían leer con ayuda de un microscopio, sin necesidad de hacer una ampliación de la fotografía.

En condiciones favorables y tratándose de distancias relativamente cortas, las palomas pueden transportar un peso de quince a veinte gramos, y por lo tanto, empleando el sistema fotomicrográfico, una sola ave puede llevar despachos que igualen en número de palabras a ciento veinte novelas, es decir, casi una pequeña biblioteca.

Los progresos de los negros

Hace más de medio siglo, el presidente Lincoln, de los Estados Unidos, firmó un documento libertando a tres millones y medio de esclavos negros de los estados del sur. Estos negros y sus antecesores habían vivido 244 años en la esclavitud. Al ser liberados, los negros carecían de dinero, no tenían un pie de terreno, no poseían la menor ilustración y jamás habían recibido educación moral o religiosa, pero en los cuarenta y siete años que disfrutaron de la independencia, se ha operado un cambio notabilísimo. Sin la ayuda de la inmigración su número ha aumentado considerablemente, saben leer y escribir el 55 por 100 y poseen trescientas universidades, colegios, academias, escuelas superiores y seminarios. Son dueños y directores de un banco cuyo capital asciende a dos millones 500.000 dólares, rigen 700.000 granjas y son propietarios de 230.000. Pagan contribución por propiedades evaluadas en 975 millones de dólares, hay más de 236.000 profesores negros en escuelas públicas y privadas, y a los colegios acuden 800.000 niños de su raza.

Los negros han erigido 25.000 iglesias y tienen 30.000 obispos y sacerdotes negros, y por último, existen 200.000 negros doctores en medicina, 3.000 abogados y 80.000 comerciantes.

Longevidad de los peces

La vida de los peces puede decirse que es ilimitada. El profesor Baird, de la comisión ictológica de los Estados Unidos, dice que existen pruebas de que una campá alcanzó la edad de doscientos años, y añade que en Rusia había hace cincuenta años un sollo que databa del siglo xv. Este hecho lo consigna el doctor Baird, sin responder de su autenticidad, porque carece de los documentos justificativos, pero dice que no hay nada que impida a los peces vivir casi indefinidamente, porque en su existencia no hay período de madurez.

En Washington hay una familia que tiene una pecera con peces desde hace cincuenta años, sin que hasta la fecha se haya muerto ninguno. Su tamaño apenas es algo mayor que cuando los echaron por ver primera en el acuario, y se agitan y comen como cuando tenían medio siglo menos de existencia.

Quizás habrá muchas personas que pongan en duda lo dicho por el doctor Baird, pero hemos de advertirles que este señor es una verdadera autoridad en ictología y no tiene por qué fantasear.

En el Acuario Real de Petrogrado se conservan actualmente peces que vivían en el mismo sitio hace 140 años. Algunos de estos peces son hasta cinco veces mayores que cuando los trajeron al acuario, mientras que otros apenas han crecido dos centímetros desde entonces. Un agregado de la legación chilena confirma lo expuesto asegurando que en algunos palacios de su país se conservan peces mucho más viejos que los de Rusia.

M. BONNIN y BARALE

FOTÓGRAFOS

"FEDERICOS"

— CÉLEBRES MUÑECOS —
FOTOGRAFICOS VIVIENTES

RETRATOS EN PORCELANA.
MADERA, SEDA, VIDRIO.
ESMALTES, AMPLIACIONES.
POSTALES, REPRODUCCIONES
y todo lo que se relacione
con el Ramo de Fotografía.

SALON DE VENTAS: —BUENOS AIRES— TALLER Y GALERIA:
— MAIPU, 113 — U. Telef. 6170. Avenida MAIPU, 119, (altos)

—Decididamente—añadí—te creía con la cabeza más resistente. Cuando vengas a casa a comer, te juro que sólo beberás agua clara.

Dicho esto, di un beso a Olivier, a quien había acariciado por la mañana y que me trataba ya como si me conociera de antiguo.

—¿Conoces a este caballero?—le preguntó Gastón.

—Es un buen amigo de papá—contestó sin titubear el niño, que no había olvidado la lección.

Así es como me llamaba Olivier antiguamente. La madre, a quien la pregunta dirigida a su hijo había hecho estremecer, pudo contener un movimiento de alegría que hubiera echado todo a perder; corrió hacia él y lo abrazó.

—¡Vamos!—dijo el doctor—basta de emociones para un solo día: el señor

se prestaba con gusto al inocente engaño que acababa de devolverle la razón. Entretanto, prolongar su error, era nuestro afán constante, nuestra única preocupación. El mismo Olivier, gracias a la vigilancia de su madre, gracias también a no sé qué maravilloso instinto, parecía aplicarse en reproducir todos los gestos, todas las inflexiones de voz, todas las locuciones familiares que podían engañar la ternura del convaleciente. Cuatro años de luto y de viudedad habían dejado profundas huellas en el rostro de la señora de Valgrand; pero Gastón estaba también tan cambiado que no tenía por qué extrañarse, y la palidez de la joven Condesa, sus rasgos marchitos, sus ojos desencajados por las lágrimas, se explicaban suficientemente con las noches de insomnio pasadas a la cabecera del enfermo.

"Vida del almirante don Cristóbal Colón"

por FERNANDO COLON, su hijo

EXCELENTE EDICIÓN DE UNA IMPORTANTE OBRA HISTÓRICA
En un tomo de 300 páginas, impreso en papel fino

Precio: \$ 2.50 m/n.

En venta en las librerías de la Capital Federal
Los pedidos del Interior, acompañados de su importe deben ser dirigidos a

EDICIONES LEMARC

Montevideo 1088

Buenos Aires

MERELLO HERMANOS y Cia.

CÓRDOBA 1141 — ROSARIO

Unicos representantes y agentes de "FRAY MOCHO", en Rosario.

Se atienden pedidos de ejemplares y subcripciones, y se contrata la publicación de avisos y propaganda en general. Pídanse informes y tarifa de precios.



NADA TIENE IMPORTANCIA

en la vida, no teniendo salud. La inapetencia es el principio de un lamentable estado de salud, puesto que las funciones de un organismo dependen sobre todo de la alimentación. — Si su apetito no es lo que tendría que ser, adopte como bebida de mesa la

Malta PALERMO

— El Extracto preferible a todos —

el mejor tónico alimento; favorece en el más alto grado la asimilación alimenticia; purifica la sangre y suaviza los nervios. Es el mejor reconstituyente para un organismo gastado, cualquiera que sea la causa.

— EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAÍS —

CERVECERIA PALERMO, S. A.

BUENOS AIRES

En Montevideo: JUAN MUSANTE, 25 de Mayo 701

GRAN CONCURSO DE INGENIO CHOCOLATE PRODUCTORA AMERICANA

Presentamos a nuestros favorecedores a este simpático perrito que sentado pacientemente espera encontrar un amo que con sus caricias le haga más soportable la vida. Si quieren ustedes ayudarlo en la tarea de encontrarle dueño, no tienen más que continuar las líneas del exterior de su figura, hasta completar con los trazos marcados el protector que tanto anhela.

Todo aquel niño o persona mayor que nos remita la solución, obtendrá un premio, pues a más de demostrar su ingenio, dirá como el gran SARMIENTO: "Sed compasivo con los animales".

LOS PREMIOS SE DISTRIBUIRÁN DE LA SIGUIENTE MANERA:

1 Primer gran premio.	\$ 500.—
1 Segundo premio.	250.—
2 Terceros premios de \$ 100.— cada uno.	200.—
5 Cuartos premios de \$ 50.— cada uno.	250.—
10 Quintos premios de \$ 25.— cada uno.	250.—
50 Sextos premios de \$ 10.— cada uno.	500.—
100 Séptimos premios de \$ 5.— cada uno.	500.—
200 Octavos premios de \$ 2.50 cada uno.	500.—
	\$ 2.950.—

369

PREMIOS adicionales:

A los concurrentes que envíen mayor número de soluciones, sean o no premiadas:

1 Primer gran premio.	\$ 200.— y 20 tabletas de chocolate.
1 Segundo premio.	100.— " 20 " " "
2 Terceros premios de \$ 50.— cada uno.	100.— " 10 " " "
4 Cuartos premios de \$ 25.— cada uno.	100.— " 10 " " "
10 Quintos premios de \$ 5.— cada uno.	50.— " 5 " " "
790 Sextos premios de UNA tableta de CHOCOLATE "PRODUCTORA AMERICANA", de \$ 0.75 c/u.	

808

TOTAL DE PREMIOS: 1.177.

Total en efectivo \$ 3.500.— m/n.
chocolates 705.— m/n.

BASES Y CONDICIONES:

Este concurso queda abierto desde el día 2 de junio de 1919, cerrándose indefectiblemente el día 15 de octubre de 1919, a las 6 p. m., después de cuyo día y hora no se tendrán en cuenta las soluciones remitidas.

El primer premio será adjudicado al concursante que nos envíe la solución más completa. Los demás premios se adjudicarán por orden de mérito.

Para tomar parte en este CONCURSO, es indispensable que cada solución venga acompañada del monograma que se encuentra en la parte superior de cada envoltorio del chocolate "PRODUCTORA AMERICANA" (etiqueta marrón).

Cada concursante puede remitir cualquier cantidad de soluciones, no siendo tomadas en cuenta aquellas que no reúnan las condiciones arriba mencionadas.

Las soluciones deberán ser remitidas a CONCURSO "PRODUCTORA AMERICANA", a cargo de "Fray Mocho", Paseo Colón 1266, Buenos Aires.

Gratis \$3500 en efectivo

en chocolates \$ 705 =

E. PARODI & Cía.

RIVADAVIA, 620

BUENOS AIRES



EL PERRO TONY



Recórtese el grabado, péguese sobre un papel blanco y continúense las líneas según indica el texto.